

Carta a los Romanos

Francisco Rodríguez P.

EDITA

Fundación

En la Calle Recta

Prins Hendrikweg, 4

6721 AD BENNEKOM

HOLANDA

Tel: 0318 - 43 12 98

Fax: 0318 – 43 13 95

E-mail: secr@irs.nu

ÍNDICE

Editorial	3
Capítulo I	4
Capítulo II	9
Capítulo III	13
Capítulo IV	17
Capítulo V	21
Capítulo VI	25
Capítulo VII	29
Capítulo VIII:1-16	33
Capítulo VIII:28-39	37
Capítulo IX	41
Capítulo X	45
Capítulo XI	50
Capítulo XII	53
Capítulo XIII	
Capítulo XIV	58
Capítulo XV	63
Capítulo XVI	66

Los Primeros Cristianos en Roma

Su vida y Fe en Cristo según la Carta a Los Romanos

Editorial

La propuesta que hace el apóstol Pablo en su carta a los cristianos de Roma, hoy está de plena actualidad, tanto en su presentación del Evangelio de Jesucristo, como en su compromiso con todos los llamados a ser de Jesucristo.

Pero la historia nos demuestra que muchos no han entendido, (o no han querido entender), *“que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley”*; a pesar de la nitidez y claridad con que se expone la *“justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él”*, y esto *“gratuitamente por Su gracia”* en la sangre de Su cruz.

Por eso es muy importante que nosotros mismos confrontemos, lo que hemos aprendido o nos han enseñado, con lo que aquí se nos muestra que es el Evangelio: *“Poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”*, tanto sea judío como gentil.

Despójate de toda tu religiosidad, y comienza la lectura del Evangelio que aquí se anuncia vestido solamente con tu naturaleza de hombre pecador, porque *“no hay justo, ni aun uno. No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”*.

Pero no olvides que Cristo vino para hacer de ti un hombre nuevo, vestido con Su justicia y lleno de Su amor.

El Evangelio es Poder de Dios para salvación, no poder del Papa para hacer su religión

Capítulo I

“A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos; gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (v.7).

El apóstol Pablo tenía muy claro que todos los que en la ciudad de Roma eran creyentes, estaban llamados todos a ser santos. En esto está totalmente en contra con el Papa de Roma, que sólo son santos, a los que él declara santos. También vemos que al único que llama Padre es a Dios, coincidiendo con las palabras del Maestro: *“Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos” (Mt. 23:9)*. A pesar de todo, el Papa de Roma se hace llamar por sus fieles: “Padre Santo”. Mucho han cambiado las cosas en esa iglesia desde los tiempos en que Pablo les escribe para anunciarles su propósito de ir a verles. Su carta la dirige a todos los que por la fe habían recibido la gracia para ser de Jesucristo. Era una iglesia más, de tantas otras extendidas entre las naciones. El protagonismo de esa iglesia no lo tenía ni Pablo ni ninguna otra persona, sino sólo Dios, el Padre y su Hijo Jesucristo, autores de la gracia y de la paz a los creyentes.

Esta carta a los romanos nos confirma que la iglesia actual de Roma tiene muy poco que ver con aquella a la que Pablo escribe, tanto por su doctrina como por su organización. ¿Se atrevería el apóstol Pablo escribir hoy una carta a la iglesia de Roma?

“Porque no me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (v.16).

Hoy da la impresión que muchos necesitan para hablar del Evangelio, exponer antes su filosofía de la vida armonizada con las nuevas tecnologías. Así se sienten más solidarios con el hombre “sapiens” y menos comprometidos con la locura de la cruz. En una palabra: se avergüenzan del Evangelio. ¿Por qué? Porque en ellos no es poder de Dios. Simplemente es una doctrina de otros tiempos, muy alejada de la realidad actual, que ha de ser reinterpretada para que el hombre actual no se sienta avergonzado. Estos olvidan que el Evangelio no es el anuncio de una doctrina ni de una moral. El Evangelio nos presenta a una Persona, a Jesucristo, el Hijo de Dios, *“a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de*

su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Sí Mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:3).

Desde la fe y en la fe: ¿alguien se puede avergonzar de Ése que es el heredero de todo, el que hizo el universo, quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, el que nos purifica de nuestros pecados por Sí Mismo y el que tiene todo poder en los cielos y en la tierra? La vergüenza es la incredulidad de los hombres, que son tan crédulos con el hombre de mentira y tan incrédulos con Aquel que es el testigo Fiel y Verdadero (Ap. 3:14).

Por eso el Evangelio, más que una correcta predicación sobre Dios y su obra, sobre la gracia y el pecado, es: poder de Dios para el que cree.

“Porque en el Evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (v.17).

Esto es lo que Pablo le decía a la iglesia de Roma del siglo primero. Pero hoy esta iglesia nos dice: “Si quis dixerit, sola fide impium iustificari: anathema sit = si alguien dijera, que el impío se justifica por la sola fe: sea maldito” (D 1559, can.9). Entonces es un evangelio diferente, porque Pablo nos dice que en el Evangelio la justicia de Dios se revela por fe: “*La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él... siendo justificados gratuitamente por su gracia...*” (3:21-24).

“Si quis dixerit, homines iustificari sola imputatione iustitiae Christi: an s. = Si alguien dijera, que los hombres son justificados por la imputación de la justicia de Cristo: sea maldito” (D. 1561, can.11).

Por eso no es extraño que la iglesia de Roma, cuando se apartó de esta carta que le dirigió el apóstol Pablo, haya inventado tantos sacramentos y mediadores entre Dios y los hombres, como son los sacerdotes y sus santos protectores, para establecer su propia justicia. Han olvidado la advertencia que Pablo les hacía, teniendo como ejemplo a Israel. “*Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree*” (10:3-4).

Una y otra vez la Palabra de Dios me repite que no me apoye en mi propia justicia que se basa en las obras de la ley, sino que acepte la justicia que es de Dios por la fe en Cristo (Fil. 3:9).

Este también es el mensaje esencial que Pablo envía a la iglesia de Roma. Los años han hecho que esta iglesia se olvidara por completo de este mensaje y estableciera su propia

doctrina basada en su tradición religiosa, y la ha extendido por el mundo como un seudoevanglio.

Así también podemos comprender muchas de las situaciones que se dan en los países que impera ese seudoevanglio.

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (v.18).

Y qué mayor injusticia puede haber que pretender establecer la justicia propia por las obras en contra de la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo.

Aquí Pablo se refiere a las circunstancias adversas en que se pueden encontrar los creyentes ante la conducta inmoral que viven los que no creen ni buscan a Dios. Y esto, a pesar de que nadie tiene excusa, pues, *“su eterno poder y deidad se hacen claramente visibles desde la creación”*. Pero el hombre incrédulo o religiosamente incrédulo no glorifica a Dios ni le da gracias, sino que la vanidad de sus pensamientos y la necesidad de su corazón le sumerge en la mazmorra oscura de su egoísmo. Y todo eso le arrastra a la idolatría de su necio corazón, y cambian la gloria de Dios incorruptible por la imagen corruptible del hombre o de otras criaturas. Esto para el hombre de cualquier tiempo o lugar ha tenido, y tiene, unas consecuencias nefastas, a las cuales los hombres buscan una explicación natural o social desde su entenebrecido corazón. Sin embargo nunca aciertan en su veredicto, porque sus envanecidos y entenebrecidos razonamientos prescindan de Dios o le cambian por lo que no es Dios.

Por eso, también, *“Dios los entregó a la inmundicia, a pasiones vergonzosas y a una mente reprobada”*. Así Dios revela su ira sobre el hombre incrédulo, ya que éste en su aureola de sabiduría está lleno de necedad y de la corrupción más absurda.

Si en la creación Dios nos revela las cosas invisibles de Él: *“su eterno poder y deidad”*; así también nos revela su ira sobre las naciones en la depravada corrupción de los hombres incrédulos.

Todo esto nos debe hacer reflexionar cuando con las estadísticas en la mano demostramos que una nación el 99% de sus habitantes se confiesan cristianos católico-romanos; y al mismo tiempo se ve que la ira de Dios se revela en la negativa conducta de esos hombres. ¿No sería bueno preguntarse, si realmente esa forma de cristianismo no estará deteniendo la justicia de Dios, que se revela por fe, y anteponiendo sus obras a la gracia del Evangelio de Jesucristo?

También es muy triste ver a otros grupos de “cristianos” que se visten con las vestiduras evangélicas, pero que no es más que un hábito religioso, carente de todo poder de Dios para salvación.

Unos y otros están siempre dispuestos para abrir nuevas vías de unidad para dar un testimonio más claro al mundo. Aunque eso signifique: “*CAMBIAR LA VERDAD DE DIOS POR LA MENTIRA*”, *honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, El cual es bendito por los siglos*”(v.25). Amén.

Trento y el Ecumenismo

El cuadro nos muestra la asamblea del concilio de Trento, que comenzó sus sesiones el 13 de diciembre de 1545 y fue clausurado el 4 de diciembre de 1563.

Este concilio puso bajo el anatema la doctrina de la Reforma y a todos sus seguidores. Y esto es algo que, hasta el día de hoy, sigue vigente en la iglesia que gobierna el Papa de Roma. Nos parece una grave irresponsabilidad llamar con voz de sirena al ecumenismo, a aquellos que Roma condena en sus cánones doctrinales con el: “anatema sit” (sea maldito).

Estos cánones no son algo del pasado, como algunos ecuménicos dicen, sino una doctrina fundamental y fundamento del papado en la iglesia católica. Muchos de estos cánones de Trento, aunque citen la Biblia, con sus hechos niegan lo que dicen las Sagradas Escrituras.

El objetivo primero del papado en Trento era confirmar su supremacía en el orden eclesial y político-religioso. Este hecho nos lo muestra uno de los papas de ese concilio Pablo IV en su bula “Cum ex Apostolatus officio”, en la que afirmaba ser Pontifex Maximus, representante de Dios sobre la tierra. Como tal, tenía poder ilimitado para deponer a cualquier monarca.

Pío V en su bula “Regnans in Excelsis”, es un ejemplo de lo anterior, condena a la reina Isabel de Inglaterra con estas palabras: “*Declaramos a la susodicha Isabel hereética y cómplice de herejes y declaramos que ella y sus seguidores han incurrido en sentencia de excomuniación... Declaramos que sea desposeída de su pretendido derecho sobre el susodicho reino y de todo señorío, dignidad y cualquier privilegio*”.

¿En que parte del Nuevo Testamento hay alguna frase con la que Jesús, el Hijo de Dios, se dirija en términos parecidos a los poderes políticos o religiosos de su tiempo? ¿Dónde se encuentra alguna condenación expresa al poder del César de Roma, siendo como

era un hereje de la doctrina de Israel y al mismo tiempo un gran idólatra, incluso le rendían culto como a un dios?

El sacerdote e historiador católico, Peter de Rosa, en su libro, *“Vicarios de Cristo”*, pág. 150, escribe sobre Trento: *“Después de Trento, el grandioso poder de Roma fue confirmado, los obispos perdieron su independencia de manera que durante cerca de trescientos años no se convocó ningún concilio. Tres siglos más tarde se reunió un concilio (Vaticano I) para reconocer formal y definitivamente el absolutismo pontificio (el Papa infalible). A partir de entonces, la iglesia romana, separada de los protestantes en Occidente, fue menos una iglesia católica, que una secta ensimismada y asustada sobre la cual gobernaba el Papa”*.

La iglesia romana desde Trento lanzó como un rayo el “anathema sit”, sobre todos aquellos que obedecían la Palabra de Dios. Hoy parece que Roma no tiene impedimento en invitar a su ecumenismo a esos que llevan el nombre de protestantes o evangélicos.

Entonces nos debemos preguntar: ¿No será que estos invitados de Roma han quitado el obstáculo de su “anathema”, que era la fidelidad a la PALABRA DE DIOS?

Todo diálogo ecuménico que no tenga como fundamento y guía el puro Evangelio de Jesucristo está condenado a morir en la dictadura religiosa de sus líderes, dictada por el Papa.

Los esfuerzos que muchos hacen para ese ecumenismo, sería más útil que lo dedicaran a llamar a las gentes a la fidelidad del Evangelio y a la vida de fe en Cristo viviente.

Porque Cristo no vino para fundar una religión, sino para traer salvación al hombre pecador por medio de la fe.

Tu religión no es un manto con el que ocultas tu corazón

Capítulo II

“¿O menosprecias las riquezas de Su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que Su benignidad te guía al arrepentimiento?” (v.4).

Dios al manifestar Su ira sobre los hombres, que detienen con injusticia la verdad, entregándolos a la inmundicia de sus corazones, a pasiones vergonzosas y a una mente reprobada, no quiere la muerte del impío sino su arrepentimiento. Esto, a veces, en aquellos que se creen justos puede producir una sensación de pasividad de parte de Dios, porque es benigno y paciente con los incrédulos. Y esa situación les lleva a una relajación en sus vidas de fe, que en muchos casos les hace acreedores de las palabras del apóstol: *“¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios?”*. Por eso el Señor recomendaba encarecidamente a sus discípulos que se guardaran de la levadura de los fariseos que es la hipocresía (Lc. 12:1).

Todos los días nos están diciendo, con las estadísticas en la mano, que, un país como España, el 99% de sus habitantes son católicos. Y uno se puede preguntar, si esa es la realidad religiosa de un país, entonces, ¿por qué la ira de Dios se revela en la conducta moral y ética sobre la mayoría de los habitantes de este país? Si todos se sienten hijos de la iglesia de Roma a la que Pablo con tanto celo llama: *“amados de Dios, llamados a ser santos”*, ¿por qué hoy en sus vidas no se refleja ese amor ni esa santidad, sino todo lo contrario?

Nuestro país conducido y educado por la iglesia de Roma se encuentra sumergido en unos sofismas religiosos con sus propias tradiciones, que le hacen insensible a la Verdad de la Palabra de Dios.

“El cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia” (v.6-8).

Que el Señor pague a cada uno conforme a sus obras, es uno de los argumentos que se utiliza entre los católicos para creerse merecedores ante Dios. Quiero recordarles, aquí, lo que está escrito en el libro de Apocalipsis 20: 11-15: Allí se nos describe el momento

de juzgar a los muertos, y los libros donde estaban escritas todas esas obras fueron abiertos, y también fue abierto el libro de la vida. Y fueron juzgados cada uno según sus obras, y el veredicto fue idéntico para todos: *“El que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”*. Este es el final que le espera al que sea juzgado por sus propias obras. Sólo los que están inscritos en el libro de la vida no tienen nada que temer. Estos son los que tienen vida eterna por la fe en Jesucristo. Así el Mismo Jesús nos dice: *“El que cree en Mí, tiene vida eterna” (Jn. 6:47)*. Y esto no es un versículo descolgado del contexto de la Escritura, sino que es una afirmación contundente y rotunda de Jesús Mismo, y Él es la VERDAD. Sin embargo aquellos que no obedecen a la VERDAD sobre ellos reposa la ira de Dios, que será definitivamente consumada en el día final.

Aquí el apóstol nos dice claramente que es una cuestión de obediencia en la fe, no un obrar en la carne. Si no queremos encontrarnos con el mismo reproche que recibió el rey Saúl: *“¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras del Señor? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Samuel 15:22)*. Saúl siguiendo su propia opinión, confía más en sus propias obras para ofrecer a Dios, que en obedecer la Palabra de Dios. Y eso le llevó con sus sacrificios y holocaustos a ser apartado para siempre del trono de Israel. Ese ha sido siempre el gran problema del pueblo de Israel. Dios no reprocha a Israel por sus sacrificios y holocaustos, sino por no obedecer en fe verdadera a Su Palabra. Así podemos leer: *“El furor subió contra Israel, por cuanto no habían creído a Dios, ni habían confiado en Su salvación” (Salmo 78:22)*.

“He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces Su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor. Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas?. Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras?. Tú que abominas los ídolos, ¿te apropias el despojo de los templos?” (vs. 17-24).

Al leer este pasaje, parece que el apóstol estaba viendo los tiempos de hoy. ¿Quién en nuestro país no tiene el sobrenombre de católico? Y para defender su conducta recurre a la ley, y dice que su Dios es el Dios del Papa, y siguiendo su magisterio aprueba lo mejor.

Pero después vemos un país lleno de injusticia social; se admite como natural lo que es en contra del uso natural del hombre y la mujer; se tacha de ídolos detestables a los dio-

ses de las religiones indígenas, pero su propia iglesia hace el gran negocio presentando al culto imágenes de santos y de vírgenes, con las que al mismo tiempo se crea un ganancioso comercio.

Una vez mas, comprobamos que las palabras del profeta Isaías 29:13 tienen validez aquí: *“Porque este pueblo se acerca a Mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de Mí, y su temor de Mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado”*.

La clave de este fracaso la podemos encontrar en que, todo lo que estos católicos temen o creen de Dios, es un mandamiento enseñado por los hombres sacerdotes. Pero que carece de una relación personal e íntima de fe entre el creyente y Cristo. De ahí que, como dice el profeta, este pueblo sólo me tiene en su boca y en sus labios, sobre todo para maldecirme, pero su corazón está entenebrecido en sus vanos razonamientos religiosos sin lugar para Mí.

Y esto, por desgracia, es un hecho muy común entre muchos que tienen el sobrenombre de “cristianos”, mas bien ese nombre les sobra.

Pero no debemos olvidar que el Señor con Su benignidad y paciencia nos guía a todos al arrepentimiento. Por tanto no se trata de una crítica a las costumbres de un pueblo, sino un llamamiento a volvernos con el corazón contrito y humillado al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo en plena certidumbre de fe. Dios no puede ser burlado ni ser tenido por mentiroso. Por tanto, si un pueblo se dice cristiano católico en su totalidad, y en su vida cotidiana vive de espaldas a la vida de fe en Cristo, ha apartado a Dios de su corazón. Será católico, esto es universal, en su manera de vivir igual a todos los otros pueblos de la tierra, pero no es cristiano, porque Cristo no mora en el corazón de esos hombres y mujeres.

“Pues no es judío el que lo es externamente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en el interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en la letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (vs.28-29).

Hoy, da la impresión que, la religión de cada cual, es como un manto, con el cual se pretende ocultar lo que hay en su corazón. Por eso se bautizan o se circuncidan, participan de los sacramentos o de las propias ceremonias de culto, como un simple hecho de su propia cultura religiosa. Por eso se dan esas grandes divisiones entre grupos religiosos que no comparten la manera de administrar sus sacramentos o sus liturgias. La razón

de esas divisiones la tenemos que buscar, en que esas gentes se apoyan en lo que les han enseñado los hombres, y no en el amor que es el distintivo de los discípulos de Cristo. *“En esto conocerán TODOS que sois mis discípulos, si tuviereis AMOR los unos a los otros” (Juan 13:35).*

Sé que estas palabras van a escandalizar a más de uno, porque hay muchos que se apoyan en su bautismo, o en todos los sacramentos que han recibido, o en los años de creyentes como un valor personal ante Dios y los hombres. Pero, con Pablo hemos de decir que todo eso es letra muerta, un baño externo de religiosidad, si no has sido circuncidado en Cristo, al echar de ti el cuerpo pecaminoso carnal; sepultado con Él en su muerte y resucitado con Él, mediante la fe (Colosenses 2:11-12).

¿Por qué? Porque no es cristiano el que lo es exteriormente, ni es bautizado el que lo es exteriormente en la carne. Sino que es cristiano el que lo es en lo interior, en el que mora el Espíritu de Cristo; y el bautismo es el del corazón *“por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que fuésemos justificados por Su GRACIA” (Tito 3:5-7).*

Si diésemos toda la gloria de la salvación a Cristo y no al hombre, por muy hermano cristiano o católico que se llame, no veríamos tantas situaciones bochornosas en las que prima la letra de la Palabra y no el Espíritu que nos revela la Palabra, y que tiene la misión de *“guiarnos a toda la VERDAD”*.

Hoy los que se han dividido y subdividido por apoyarse en la letra de la Palabra, tratan de entonar el canto al ecumenismo siguiendo con la misma *“letra”*. No se dan cuenta que la letra, y no el Espíritu, es la causa de su división. Lo que tienen que hacer es unirse al Señor, *“pues el que se une al Señor, un Espíritu es con Él” (1 Cor. 6:17)*, y este es el único ecumenismo de Cristo, el del Espíritu no el de la letra: *“Porque la letra mata, el Espíritu vivifica” (2 Cor. 3:6).*

El intento del hombre religioso a través de los siglos del cristianismo siempre ha sido pretender hacer del cristianismo una religión de hombres, y apartar del centro del cristianismo a Cristo. Pero los cristianos en Espíritu no practican una religión para adecuar sus vidas a unas normas religiosas, sino que viven por la fe en Cristo y por medio de Cristo, fuente de VIDA y de perdón total ante Dios y los hombres. Porque Cristo no vino para fundar una religión, sino para darnos vida eterna y llevarnos de retorno a la casa del Padre. Y esto sólo lo pudo y puede hacer Él, y así nos lo dice: *“Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida; nadie viene al Padre, sino por Mí” (Juan 14:6).*

Bebe gratis el Agua Viva, y no te hundas en el lodo religioso

Capítulo III

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Dios” (v.20).

El apóstol Pablo quiere dejar muy claro que todos los hombres, sean judíos o gentiles, están bajo pecado. De ahí que todos son culpables ante el tribunal de Dios. Unos porque teniendo la ley de Dios, sólo les ha valido para ver que su propia vida no se ajustaba a la voluntad de Dios, la ley sólo les dio el conocimiento de su propio pecado; y otros, los gentiles, vivían sin ningún conocimiento. Ya que la Palabra de Dios nos dice: *“No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (v.12).*

El ser humano en su obrar está muy lejos de poder presentarse ante el juicio de Dios con alguna posibilidad de no ser condenado. Porque nadie será reconocido justo ante Dios por sus obras. Ya que el hombre en su actuar no busca a Dios, sino a sí mismo. Incluso su propia religión es un obrar para sí mismo. Eso lo vemos en el pueblo de Israel que con la ley de Dios no buscó la justicia de Dios, sino que estableció su propia justicia (Rom. 10:3). ¿Y cuántos grupos, incluso llamándose cristianos, no están hoy haciendo lo mismo?

El hombre no se puede presentar con su propia justicia ante Dios, porque su propia justicia sólo es un manto de hipocresía y mentira. *“Porque no hay justo, ni aún uno” (v.10).* O como se pregunta en el libro de Isaías: *“¿Podremos acaso ser salvos? Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (64:6)*

Esta es la desnuda realidad de todo hombre o mujer ante su Hacedor. Para ellos sólo hay un veredicto: Condenados.

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y los profetas, la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él” (v.21-22).

Esta es la buena y gran noticia para todo hombre: ahora es la manifestación de la justicia de Dios. Sólo nos resta saber cómo alcanzar esa justicia de Dios. Y ahí está la declaración del misterio: **“POR LA FE EN JESUCRISTO”**.

Unos se sentirán defraudados y escandalizados. Otros lo considerarán una locura en comparación con su perfecto sistema de justicia religiosa.

Pero todos los que creen en Cristo se gozarán y se alegrarán, porque por la fe en Cristo están aceptando la justicia de Dios, y son justos para Dios.

El hombre, que con ninguna de sus obras, ni con todas sus obras se podía justificar delante de Dios, ahora, por medio de la fe en Jesús, se puede saber justo y vivir justificado delante de Dios y de los hombres. Todo esto, Dios lo había notificado muchas veces y de muchas maneras al pueblo de Israel por los profetas (Hebr. 1:1s). Pero, ahora, Dios nos habla de Su justicia en Su Hijo, y por Su Hijo ha hecho la purificación de nuestros pecados. Todo hombre tiene necesidad de Cristo, porque todo hombre es pecador. Sólo Él es nuestro Abogado ante el Padre y también nuestro único Fiador. Ningún hombre podría jamás pagar un tal Abogado y mucho menos que el Hijo de Dios fuese su Fiador. Pero sólo Dios en Su infinita misericordia podía decirnos con absoluta certeza y seguridad:

“Siendo justificados gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (v.24).

“Justificados gratuitamente”. Esto es: por pura gracia de Dios. Lo que era inalcanzable para todo hombre, Dios nos lo ha dado “gratuitamente” por medio de la fe en Jesucristo. Pero fue el Señor Jesús quien pagó un alto precio con su propia vida, para que a nosotros nos resultara gratis. ¡Qué desprecio, tan grande hacemos a Jesús, cuando pretendemos presentar nuestras propias obras ante Dios como precio por nuestra salvación, y no aceptamos su obra de salvación que Él presentó, una vez y para siempre, por el sacrificio de Sí Mismo ante el Padre, y nos la da gratuitamente! Cuando el hombre rechaza ser justificado gratuitamente, es porque no conoce su propio estado de miseria total ante Dios y tampoco valora el infinito amor de Dios, hecho realidad para todo pecador, en la muerte de cruz de Su Hijo.

¿Cómo se puede ocultar a la gente esta gran noticia, de que Dios ofrece gratuitamente a todo hombre Su perdón total en Cristo y por Cristo? Él es la única fuente en la que podemos beber, gratuitamente por la fe, el agua viva, que nos limpia de todo pecado y nos da la vida eterna. Todas las otras aguas que nos ofrecen los hombres religiosos, ni son aguas vivas ni son gratuitas, más bien, son charcas contaminadas por las que pagamos un alto precio y que nos hundan más y más en el lodo religioso, donde no se puede ver la VIDA de Cristo Jesús.

“A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en Su sangre, para manifestar Su justicia” (v.25).

Dios es justo y tenía que hacer justicia. No podía dejar sin castigo los pecados de los hombres. Alguien tenía que pagar por ello. Y sólo había UNO que lo podía hacer, Su propio Hijo. Porque todas las cosas fueron creadas por medio de Él y para Él, y para que en todo tuviera la primacía, el Padre quiso que mediante la sangre de Su cruz pagara por nuestros pecados y nos reconciliara con Dios. Por eso, también está escrito: *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él(Cristo)” (2 Cor. 5:21).*

Así se manifiesta la justicia de Dios en nosotros por Cristo mediante la fe. Dios hizo justicia con los pecadores en Su propio Hijo, y **Él murió como un pecador en la cruz, para que nosotros fuésemos declarados justos ante Dios.**

Como creyentes, nuestra vida tiene que ser un canto perenne de agradecimiento al Hijo, que respondió con Su vida ante la justicia del Padre por nosotros; y al Padre por Su infinito amor al dar a Su Hijo por unos muertos en delitos y pecados como somos todos los hombres sin Cristo.

Por eso el apóstol Pedro exclama: *“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según Su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos” (1 Pedro 1:3).*

“(Dios) es el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (v.26).

Dios al cargar el pecado de todos nosotros sobre Su Hijo, está proclamando que Él es justo y hace justicia.

Pero, al mismo tiempo, nos demuestra que es infinitamente misericordioso. Porque Él nos declara justos ante Su presencia por la sola fe en Jesús. Es la obra completa de Dios. Él se encargó de hacer justicia y de justificarnos gratuitamente. Por eso el mismo Jesús, cuando le preguntaron, qué obras tenían que hacer, Él respondió: *“Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado” (Jn. 6:29).*

Nuestra salvación es una obra completa de Dios que hace realidad en Cristo para todos nosotros por medio de la fe en Jesús. *“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18-19).*

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (v.28).

¿Qué hombre, después de haber leído este capítulo, se puede presentar ante Dios con sus obras para merecer el perdón de Dios? Las palabras del libro de Job serían las mejores para definir esa situación: *“Si yo me justificare, me condenaría mi boca; si me dijere perfecto, esto me haría inicuo” (Job 9:20).*

Todo hombre que se presente ante Dios con sus propias obras para justificarse será condenado. Solamente la Obra de la Cruz de Cristo tiene valor ante Dios, para justificar a todo aquel que acepte a Cristo como su único y perfecto Salvador.

El hombre religioso proclama sus virtudes, el creyente proclama las virtudes de Dios

Capítulo IV

“Si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia” (vs.2-3).

Este capítulo nos hace ver que nadie, ni Abraham, pudo presentar algo de sí mismo para que Dios se lo tuviese en cuenta. Esto nos viene a confirmar lo que está escrito en el capítulo tres: *“Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia” (3:23).*

Si el hombre por su pecado, incluso Abraham, está destituido de la gloria de Dios, de nada, de lo que haga, se puede gloriarse ante el Todopoderoso. Esto resultaría escandaloso para todos aquellos que se apoyaban en su padre Abraham para sentirse parte de su pueblo, hasta exclamar: *“Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie”*, y Jesús les tiene que replicar: *“El que hace pecado, esclavo es del pecado. Si el Hijo os liberare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:33,34,36).*

El hombre en sí mismo, y toda su “gloria”, es ser esclavo del pecado. Necesita que Alguien le haga libre, para gloriarse en el Señor.

Cuando el Señor se presenta a Abraham como el Dios Todopoderoso, la Escritura nos dice: *“Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”*. Esta fue la única manera en que Abraham dio gloria a Dios: *Creyó a Dios.*

“Al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (vs.4-5).

Nada de lo que había hecho Abraham merecía la gracia ante los ojos de Dios, porque como hombre estaba destituido de la gloria de Dios. Sólo Dios podía sacarle de esa situación. Y lo hizo, contándole su fe como justicia de Dios.

Estos versos nos muestran la tremenda contradicción en la que se encuentran aquellos, que pretenden recibir salario (merecer algo) por sus buenas obras ante Dios. Según ellos el salario de su buen obrar es la gracia que se le concede. Pero aquí se nos dice

que, al que obra, se le tiene que pagar el salario como una deuda, nunca como una gracia o un favor. Sin embargo aquí está escrito: *“al que no obra, sino cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”*. Sería lo mismo que decir: no por tus obras te justificas ante Dios, sino por creer en Él, que justifica al impío. Por eso a mucha gente religiosa les causa tanta perplejidad las personas que han vivido como verdaderos impíos, y Dios por la fe transforma sus vidas tan radicalmente, que en ellos se obra un verdadero nuevo nacimiento. Esas personas religiosas se sienten desconcertadas, porque ellas con todas sus buenas obras religiosas nunca han podido gustar nada de lo que, esos impíos justificados por la sola fe de Jesucristo, anuncian con gran gozo: *“las virtudes de Aquel que los llamó de las tinieblas a su Luz admirable” (1 Pedro 2:9)*. El hombre religioso, que se apoya en sus buenas obras, proclama siempre sus virtudes; los impíos que se apoyan con fe en la promesa de Dios, proclaman las virtudes de Aquel que los sacó de las tinieblas a su Luz admirable en Cristo Jesús. Esto mismo había visto el rey David como profeta de los bienes futuros, cuando llama bienaventurado al hombre a quien Dios atribuye Su justicia sin obras: *“Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (v.8)*. Y no es, porque el hombre no tenga pecado, sino porque es justificado gratuitamente por Su gracia que brota a raudales de la redención que es Cristo Jesús, por medio de la fe en Su sangre.

Esta es la OBRA del infinito AMOR de Dios: o la aceptas como GRACIA por medio de la fe o la niegas con tus obras religiosas que presentas envueltas en tu propia incredulidad.

“Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado” (vs.11-12).

Cuando el pueblo de Israel dejó de considerar la circuncisión como señal y sello de la justicia de la fe, el Señor le recuerda, una y otra vez, que la auténtica circuncisión es la del corazón, no la marca externa de su carne. El mismo Abraham había creído en su corazón en la promesa del Señor. Y como tan cierto él tenía en su carne la señal de ese pacto, así también era totalmente cierta la promesa de Dios con él. **La circuncisión no le daba la promesa, era señal de la certeza de la promesa que Dios le dio.** Y esa

promesa no sólo era para él, sino también para toda su descendencia. Por eso, esa señal de la circuncisión la recibían también los niños recién nacidos. Aquí muchos verán una contradicción, porque esos bebés aún no podían creer. Pero Dios dice a Abraham: *“Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre Mí y vosotros. Y de edad de ocho días será circuncidado todo varón entre vosotros”* (Génesis 17:11-12). Esta señal del pacto, ante todo, significaba que Dios Mismo había dicho: *“Estableceré mi pacto entre Mí y ti, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti”*. La señal de la circuncisión en el niño proclamaba que el Dios de Abraham era también su Dios, y la justicia de la fe de Abraham también era suya, porque Dios Mismo así lo había establecido. Dios, que habita la eternidad, hace todas las cosas desde Su propia perspectiva; así dice en la carta a los Efesios que *“nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo”* (1:4). Pero los hombres, con nuestra propia lógica humana, nunca logramos comprender la oportunidad o inoportunidad de una decisión que el Padre puso en su sola voluntad.

También debemos aclarar que la fe no es la causa de nuestra justicia, sino un instrumento. Como podemos leer en la “Confesión Belga” art. 22, que dice: *“No entendemos que sea la fe misma la que nos justifica, pues ella es solamente un medio por el cual abrazamos a Cristo, nuestra justicia. Mas Jesucristo imputándonos todos sus méritos y las obras santas que Él ha hecho por nosotros y en nuestro lugar, es nuestra justicia; y la fe es un instrumento que nos mantiene con Él en la comunión de todos Sus bienes, los cuales siendo hechos nuestros, nos son más que suficientes para la absolución de nuestros pecados”*.

“Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa, sino por la justicia de la fe... Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia...” (vs.13,16).

Una vez más vemos que la promesa no es un galardón que se les otorga a los que cumplen la ley, sino una gracia alcanzada por la fe. Esta promesa es dada, nunca merecida por las obras de la ley. **Es la gracia infinita del amor de Dios la que hace esa promesa firme para todo aquel que cree en Cristo Jesús.** Esa promesa no se basa en la debilidad e inconstancia del hombre en su obrar según la ley, sino en la gracia de Dios. Por eso sus promesas son siempre fieles y verdaderas para el que cree en Aquel que justifica al impío. Así Dios es el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesucristo. Sus promesas no admiten condiciones, son una realidad firme para todo el que cree a Dios. Por

eso se nos dice: *“Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”*; sin condiciones y sin probabilidades, sino con total y absoluta seguridad y firmeza, porque su fe reposaba en el don de Dios, y no en sus méritos personales llenos de egoísmo, condiciones y probabilidades.

Los que se arriesgan a transitar por el camino de sus propias obras, ese es un camino lleno de inseguridad, de condicionamientos, de dudas, porque nunca saben con certeza si se les concederá la promesa. Muy distinta es la actitud del que sigue la senda de la fe, nunca se apoya en sus obras o méritos sino en la gracia de Jesucristo, *“porque de Su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16)*.

(Abraham), “Él creyó en esperanza contra esperanza...Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo...Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios” (vs.18,19,20).

La fe de Abraham se basa por completo en Dios Mismo, *“el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen”*. Este era el fundamento de su esperanza, aunque su experiencia y su propia vida le invitara a todo lo contrario. Por eso no se debilitó en la fe al considerar sus propias posibilidades que, según su propia opinión, no eran ningunas. El hombre de fe deja a un lado lo que el mismo es con todas sus posibilidades e imposibilidades; y confía por completo en Aquel que justifica al impío, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, *“en quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de los pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7)*.

Ante esta realidad inmensa de la promesa de Dios, Abraham no dudó de esa promesa, ni dio lugar a la incredulidad que le podía dictar su propia opinión y situación, antes bien se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios.

Esa promesa hecha a Abraham, hoy es dada a los creyentes por la fe en Jesucristo. Por eso se nos advierte: *“Si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, herederos según la promesa,... Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo” (Gálatas 3:26,29)*.

No te encierres en la cueva de tus propias obras,

sin salida alguna a la justicia y a la paz de Dios

Capítulo V

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (v.1).

Este capítulo nos confirma, sin ninguna clase de dudas o condiciones, que estamos justificados ante los ojos de Dios y en paz con Él por medio de nuestro Señor Jesucristo.

El Señor cargó en Su Hijo el pecado de todos nosotros y apartó de nosotros Su ira *“que se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres”*. Él en Su Hijo nos ha ofrecido la paz gratuitamente por medio de la fe en Jesucristo. Así, pues, nos podemos sentir y ver justificados en Cristo, y también en paz con Dios. Porque esa paz nos la da el mismo Cristo: *“La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn.14:27)*. Esta paz ha tenido, y tiene, su fundamento en el cuerpo de Cristo sobre la cruz, sobre la que clavó *“el acta de decretos que había contra nosotros”* por todos nuestros pecados, y allí nos reconcilió con el Padre.

La paz con Dios brota de esa única fuente que mana de *“la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”* (Hebr.10:10). Ahí podemos llenar nuestra vida de Su justicia y, también, de Su paz.

“Por Quien también tenemos entrada por la fe a esa gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (v.2).

Él es la única puerta para entrar a esa justicia y a esa paz. Y **la única llave, con la que podemos abrir esa puerta, es la fe**. Nadie puede abrir esa puerta por sus buenas obras o sus muchas penitencias, ni alcanzar esa justicia ni esa paz con Dios por sus propios méritos. Porque sólo por la fe podemos entrar a esa gracia. Hay muchísima gente que piensa merecer esa gracia por su buena conducta religiosa. Tal actitud es un desprecio a la obra de Dios en Su Hijo, y al mismo tiempo un acto de soberbia, al pensar que su conducta es tan buena ante los ojos de Dios Eterno que no necesita ser justificado gratuitamente en Cristo, sino recompensado por sus propias obras. Rechazan, así, entrar por la fe a esta GRACIA. **Y se encierran en la cueva de sus propias obras sin salida alguna a la justicia y a la paz de Dios**. Todo hombre que quiera conocer a Dios no tiene otra entrada que Cristo, *“porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Ef. 2:18)*. Si alguien busca otras entradas, ya

sean sus propias obras o sus propios mediadores, como los llamados santos o vírgenes, se está equivocando. Esas entradas te conducen a la muerte eterna. Acepta la gracia que Dios te ofrece en Su Hijo por medio de la fe. Esa es tu única esperanza.

“Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (v.5).

Esa es una esperanza viva que Dios hace nacer en nuestros corazones con el poder de la resurrección de Cristo. El que convence a nuestro espíritu de toda la Obra de gracia de Cristo es el Espíritu Santo que *“nos fue dado”*. El Padre nos ha dado a Su Hijo Unigénito y, también, nos ha dado al Espíritu Santo. ¿Alguien puede ser tan inconsciente que piense merecer al Hijo y al Espíritu?. Dios Mismo nos los ha dado, y tú por la fe aceptas ese regalo divino como una inmensa gracia. Sin que tú puedas haber merecido, ni merecer jamás, ni un ápice de lo que por Dios te *“fue dado”*: el Hijo y el Espíritu.

Pero el primer fruto del Espíritu es el AMOR de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones.

Hemos de tener muy en cuenta que el AMOR es de Dios, y *“todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios... porque Dios es AMOR,...y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Jn. 4:7,8,16).*

Sólo desde ese AMOR tiene explicación que Cristo muriese por los impíos.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (v.8).

Si entendiésemos un poco lo que esto significa para cada uno de nosotros, nuestras vidas tendrían un profundo sentimiento de gratitud sincera hacia Aquel que se entregó por nosotros y hacia el Padre que permitió que su propio Hijo muriese por gente impía como nosotros. ¿Qué podíamos ofrecerle a Él, para que se entregase a la muerte por todos nosotros, siendo impíos y pecadores para Dios? Nada, a no ser nuestros pecados e impiedades. ¿Quién podría morir por gente así? Sólo lo pudo hacer el Cordero de Dios, *“y con Su sangre nos ha redimido (comprado) para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Ap. 5:9).*

Qué tremendo desprecio haríamos a esa SANGRE, si pretendiésemos redimirnos (pagar el precio de nuestro rescate) por nosotros mismos. Lo único, que Dios nos pide, es que confiemos (creamos) en Su amor y aceptemos, como nuestro, el pago realizado por Su propio Hijo. La garantía de Su amor hacia nosotros pecadores está escrita en la muerte

de cruz de Su Hijo. Jamás podemos fundamentar esa garantía en nuestras llamadas buenas obras, ni mucho menos en otros mediadores que no sea Cristo Jesús.

Él como el Amado de Dios: todo lo sufre y todo lo soporta, para que nosotros mismos seamos llenos de todo el amor de Dios, y el amor nunca deja de ser (1 Cor. 13:7-8). Este es el firme fundamento de nuestra fe, y la total seguridad de nuestra confianza.

“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por Su vida” (v.10).

Esta es la gran realidad de nuestra vida, que nuestra enemistad con Dios fue enterrada en la muerte de Su Hijo. Y sólo en esa muerte tiene lugar nuestra reconciliación con Dios *“para alabanza de la gloria de Su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Ef. 1:6).*

Y si ha entregado a Su Hijo a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no va hacer realidad en nosotros todas las promesas que el Hijo nos anunció?

Y si la muerte de Cristo, siendo nosotros enemigos, tuvo como fruto nuestra total reconciliación con Dios, ¿cuánto más siendo hijos adoptivos de Dios, hará que por su Espíritu que envió a nuestros corazones, vivamos la vida del Hijo en comunión con Él, en espíritu y verdad?

Todo esto nos hace ver cuánto se ha desviado la religión de la Obra reconciliadora de Dios en Cristo. Muchos nos quieren vender que ellos se pueden presentar ante Dios, no como impíos o pecadores, sino como “piadosos y santos de Dios” por su propia obra. Estos no sólo desconocen la Palabra y la Obra de Dios en Cristo, sino que la ocultan y la desprecian con su vanidosa religiosidad. Así sumergen a las gentes en la duda y la zozobra religiosa de sus propias actitudes. No tienen un fundamento seguro sobre el que reposar, ni garantía alguna de que sus obras serán aceptadas por Dios. Antes al contrario la Palabra de Dios nos advierte que al margen de Cristo nadie puede ser aceptado por Dios. Porque el hombre por sí mismo sólo puede hacer las obras de la carne (del hombre natural), *“y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Rom. 8:7)*, sólo los que viven según el Espíritu en ellos se dan los frutos del Espíritu: *“amor, gozo, paz, paciencia”*... etc. Este es el hombre nuevo que es engendrado por Dios por la fe en Jesucristo.

Aquellos, que pretenden poner el fundamento de nuestra salvación en nosotros mismos o en su mediación, nos están engañando consciente o inconscientemente.

La Obra de Dios para nuestra salvación está completa y perfecta en Cristo. Nada nos pidió para que Cristo muriese por nosotros pecadores e impíos. Y nada nos pide para que vivamos por Él, sino que creamos en Él, es decir, que aceptemos su Obra de salvación que Dios, Padre, realizó para nosotros por medio de Su Amado Hijo.

Si has muerto en Cristo al pecado, tu vida no puede ser una esclava del pecado

Capítulo VI

“Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en Su muerte?” (vs. 2,3).

El apóstol Pablo, en este capítulo, nos enfrenta a nuestra propia vida y a nuestra propia fe. Nos hace reflexionar profundamente sobre la contradicción que se puede dar en nuestra vida cristiana, en la que nos podemos presentar como hombres espirituales y sin embargo vivir como hombres naturales. Esto sería tanto como querer demostrar que la muerte de Cristo fue inútil, y al mismo tiempo hacernos voceros de esa muerte para perdón de los pecados de todo hombre. Pero no nos debe sorprender esta advertencia del apóstol, porque esa actitud ha sido, a pesar de todo, una constante en la vida del cristianismo. Y hoy también nos podemos ver en ese mismo dilema vital. Por una parte, anunciamos que hemos muerto en Cristo al pecado, y por otra, nuestra vida es una esclava del pecado. Y para atemperar ese dilema nos inventamos multitud de fórmulas religiosas con las cuales queremos tapar esa evidente contradicción, como Adán intentó cubrir con las hojas de higuera, la evidencia de su ruptura con su Hacedor. Por eso, al contemplar la vida litúrgica o cultural de una iglesia, muchas veces nos demuestra más lo que les falta (vida en Cristo) que lo que tienen (mucha religiosidad). Pura hojarasca con la que se quiere ocultar esa gran contradicción entre lo que se dice creer y lo que se vive.

Pablo no quiere que esa dualidad reine en nuestras vidas, por eso, con toda claridad, nos coloca ante el espejo de nuestra vida diaria. Ahí nos veremos a nosotros mismos, si hemos muerto con Cristo y vivimos en Él, o si como hombres naturales vivimos en nosotros mismos, esclavos de nuestro pecado. Uno no puede aceptar la muerte de Cristo por el pecado, y con su vida personal contradecir ese testimonio. En esta cuestión el apóstol no admite ninguna dualidad: si has muerto en Cristo al pecado, en manera alguna puedes vivir en el pecado. Y no se trata de disciplinar tu cuerpo y controlarlo para no pecar. Es algo mucho más profundo y radical: debes morir al pecado, y eso sólo es posible en Cristo. **La muerte de Cristo en la cruz es la causa y la garantía de la muerte del pecado en nosotros.** El lugar de nuestra conversión está en el Gólgota, y la hora de la muerte de Cristo es también la hora de nuestra conversión. Fuera de ese lugar y de esa

hora, no hay ningún otro lugar ni ninguna otra hora para la muerte del pecado, y de nuestra propia muerte al pecado.

“Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (v.6).

Tal vez todos sepamos que Cristo ha sido crucificado, pero lo que ya no tenemos tan claro es, *“que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”*.

Y por eso nuestras propias costumbres nos delatan. Si no, mira la cruz que cuelga de tu cuello, ¿quién está en ella, Cristo o tú? ¿No tendrías que estar tú también?

Pero Cristo no fue a la cruz para que nos hiciésemos un amuleto, sino para que nosotros mismos por la fe nos supiésemos crucificados con Él. Por eso es una tremenda equivocación hacer de la cruz un objeto de culto. Así se cambia el verdadero sentido de la cruz de Cristo. Porque el viejo hombre tiene que estar en esa cruz con Cristo, nunca adorando esa cruz. Cristo no subió a esa cruz para que le adorasen en ella, sino para que el viejo hombre muriese en ella; y así *“el cuerpo del pecado sea destruido”*; y esa es la única manera de que no sirvamos más al pecado.

Qué gran error es, que el viejo hombre (el hombre natural) pretenda justificarse ante Dios con sus propias liturgias, sus procesiones, sus penitencias o sus buenas obras, pues todo eso es pecado ante Dios. Porque ese viejo hombre sólo es justificado del pecado si ha muerto con Cristo por medio de la fe. *“Porque el que ha muerto (que ha sido crucificado con Cristo), ha sido justificado del pecado” (v.7).*

Todo esto lo resume Pablo de una manera magistral en su carta a los Gálatas de esta forma: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí” (Gal. 2:20).*

Si de verdad, mientras viva en este cuerpo, creo que Jesús me amó y se entregó por mí a la muerte de cruz, esa cruz es mi cruz ante los ojos del Padre, y ya no puedo vivir más mi vida de hombre carnal sino que vive Cristo en mí. Lo único que tengo que hacer, durante todos los días que el Señor me dé para vivir en este cuerpo, es vivirlos en la fe del Hijo de Dios. Así siempre vivirá Cristo en mí.

Y tampoco necesito que el Hijo de Dios, día tras día repita su muerte, aunque sea de una forma incruenta, como se dice de la misa. No.

“Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (v. 10).

La carta a los Hebreos repite una y otra vez este mismo hecho de que *“Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos”*... *“Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de Sí mismo para quitar de en medio el pecado”*... *“Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”* ... *“Por su propia sangre entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”* (Hebr. 9:12,26,28; 10:10).

Todos estos textos nos muestran que solamente Cristo murió para quitar el pecado de nosotros, y que solamente lo hizo una sola vez, para santificarnos por Su Santo Espíritu. Tengamos, pues, esa esperanza cierta en la salvación que Dios nos ha dado por medio de nuestro Señor Jesucristo, *“quien murió por nosotros para que ya sea que velemos o que durmamos, vivamos juntamente con Él”* (1 Tes. 5:10).

Al sabernos crucificados con Cristo por medio de la fe podemos decir también: *“Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos”* (Rom. 14:8).

Hay también cristianos que se sienten muertos al pecado, porque su vida es una continua lucha por no participar en los vicios del hombre del mundo. Se han trazado una pauta de conducta que es una pesada losa que les aprisiona dentro de la tumba de su autojustificación. Pero todo esto también es un triste error, porque la Palabra de Dios nos dice que *“nos consideremos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”* (v.11). Es incomprensible que los que viven para Dios en Cristo Jesús, puedan jamás sentir la más mínima nostalgia o envidia de aquellos que viven para sí, y por ello están muertos en su propio pecado. Por eso resulta bastante incoherente que la gente diga que ser cristiano, hoy, es un poco aburrido. Pero todavía es mucho más absurdo que ese pensamiento anide en la mente de muchos que se confiesan cristianos. Lo único que podemos decirles a esas gentes, es que en ellos aún no ha resplandecido la Luz de la vida de Cristo. *“Porque en Cristo está la Vida, y la Vida es la Luz de los hombres”* (Jn.1:4). Y fuera de Cristo sólo hay muerte y tinieblas para el hombre.

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (v.23).

El hombre en su ignorancia confía más en lo que él mismo puede ganar que en lo que Dios, en su gracia infinita, le puede dar como regalo. Y sólo así se puede comprender

que el hombre por sí mismo prefiera cobrar la soldada del pecado, que aceptar el regalo de Dios en Cristo.

La soldada que el pecado paga a sus siervos es la muerte. En el idioma griego a la palabra soldada (paga) le da un carácter despectivo, porque era la paga que recibían los soldados por sus servicios y siempre era una miseria. Por eso Pablo la utiliza aquí para mostrarnos la miseria de salario que el pecado paga a sus siervos.

Por otra parte nos muestra la magnificencia del regalo de Dios a los que creen en Cristo Jesús. Ese regalo, ese don, esa dádiva es vida eterna. Pero tengamos muy en cuenta que no es una paga o un salario, sino un regalo de Dios en Cristo Jesús.

El pecado paga miserablemente con la muerte a los que le sirven. Dios regala espléndidamente vida eterna a los que aceptan a Su Hijo como su perfecto Salvador. Qué ciego se está cuando uno desprecia el regalo de Dios, que es vida eterna, y acepta el miserable salario del pecado que es la muerte. Y sin embargo, Jesús mismo nos dice que son muchos los que transitan esa ancha senda que lleva a la muerte, y pocos los que transitan por el angosto camino que lleva a la vida (Mt. 7:13).

Por la fe estás bajo el régimen nuevo el Espíritu, y no bajo el régimen viejo de la letra de la ley

Capítulo VII

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (v.4).

El apóstol Pablo en este capítulo hace una sincera confesión de lo que él mismo es como hombre, solo ante la ley de Dios. Esta sinceridad de Pablo ha llevado a muchos exégetas a las más dispares interpretaciones. Pero lo único que Pablo desea que sepamos todos los que, por la gracia de Dios, hemos recibido a Cristo en nuestra vida, es que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia.

Esta nueva y bendita situación la hizo realidad para todos nosotros Cristo mismo. Nosotros personalmente nada podíamos hacer para cambiar esta lamentable situación, la única solución era la muerte. Porque *“la ley se enseñoorea del hombre entre tanto que este vive” (v.1)*. El apóstol, para que lo entendamos mejor, nos pone el ejemplo de una mujer casada, que por ley está sujeta al marido mientras éste viva, y no puede unirse a otro hombre, pero una vez muerto queda libre de esa ley.

Y Pablo nos dice que nosotros, creyentes, hemos muerto a la ley *“mediante el cuerpo de Cristo”*. Así nos pregunta en el capítulo 6:3,6: *“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”*.

Tan cierto como Cristo murió por nosotros en la Cruz cargando con nuestra maldición, así estamos nosotros muertos para la ley, para que vivamos en la bendición al recibir por la fe la promesa del Espíritu (Gal.3:13,14).

Ahora ya no somos de la ley, sino de Otro, de Aquel que resucitó de los muertos, de Cristo Jesús.

“Ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra” (v.6).

Sin Cristo, en nuestra vida, sólo podemos llevar fruto para muerte, porque las pasiones de nuestra carne ni quieren ni pueden sujetarse a la ley de Dios. Pero, si por la fe hemos

muerto con Cristo, estamos libres de la ley, para que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu. Y es la única manera de que cumplamos la voluntad de Dios que nos muestra la ley. Pablo nos quiere convencer de la total incapacidad, por nuestra parte, para cumplir la ley por la propia debilidad de nuestra carne. Por eso escribe él en la carta a los Filipenses: *“Nosotros somos los de la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”* (3:3). La circuncisión era la señal del Pacto que se hacía en la carne. Pero Pablo nos dice que los verdaderos hijos del Pacto son los que en espíritu sirven a Dios y se glorían en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne, aunque ésta lleve la marca de la circuncisión y diga tener la ley de Dios como norma. Por la fe en Cristo no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia, bajo el régimen nuevo del Espíritu, para servir a Dios en espíritu y gloriamos en la obra redentora que Jesús consumó para nosotros. Si aceptamos por la fe que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, nunca podemos vernos bajo el viejo régimen de la letra. *“Porque la letra mata, mas el Espíritu vivifica”* (2 Cor.3:6). Esto es lo que Pablo nos quiere hacer ver muy claramente, que con la letra de la ley y nuestra carne el resultado es muerte; por la gracia de Cristo Jesús y la fe sincera el resultado es vida eterna.

Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo (v.18).

Pablo no quiere que nos confundamos y con toda claridad nos dice, que en mí y en ti, esto es en mi carne y en tu carne, no mora el bien.

Muchos se escandalizarán de estas palabras del apóstol, porque siempre piensan que hay mucho de bueno en ellos, y que pueden hacer muchas cosas para merecer ante Dios una recompensa. Otros lo considerarán como un insulto a la persona civilizada. Pero no olvidemos que Pablo no está hablando aquí, ni para los que se creen buenos, ni para los que están orgullosos de su civilización, sino para hombres pecadores que por la gracia de Dios aceptan a Cristo como su Salvador.

Si Pablo es el cantor de la GRACIA de Dios, no debe extrañarnos que al mismo tiempo sea tan contundente al decirnos que en nuestra carne no mora el bien, ni tampoco el hacer el bien. Y además con toda claridad dice que, el tiempo de su vida bajo la ley teniendo su propia justicia, lo tiene como pérdida, incluso califica de basura todo lo que no sea tener a Cristo y Su justicia por la fe.

¡Qué un hombre, como ese joven fariseo Pablo, que se sabía en su propia opinión irre-
preensible en cuanto a la justicia que era por la ley, nos diga que todo eso es basura...!
Deja sin argumentos a los que se quieren justificar ante Dios por la ley y sus obras, con-
fiando en su propia carne. Por eso él nos grita: ¡por gracia sois salvos por medio de la
fe! “*¡Porque por las obras de la ley ningún ser humano se justificará delante de Dios!*”
(Rom. 3:20).

Pablo no quiere conducir al hombre a su propia muerte e inutilidad, sino a la vida eter-
na, llena de frutos de verdad.

Sin embargo el hombre corre el grave peligro de precipitarse, siguiendo los deseos de su
propio “yo” natural, su carne, en la muerte eterna. ¿Pero hay Alguien que le pueda librar
de ese precipicio de muerte? Con Pablo podemos decir:

**“¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? Gracias doy a
Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (vs. 24,25).**

Cuando el creyente comprende por la Palabra de Dios bajo la luz del Espíritu, que su
vida sólo gira alrededor de su propio “yo” carnal, desea salir de esa miserable situación.
Y no intenta mejorar esa situación, sino que busca un Libertador que le libre de ese
cuerpo de muerte, de ese “yo” egoísta y endiosado.

Y el único que me libra, y te libra, de este cuerpo de muerte es Cristo en Su muerte, para
que no seamos más esclavos de nuestro propio “yo” egoísta carnal, sino de Otro que nos
compró con Su sangre, de Cristo que resucitó de los muertos para que andemos en vida
nueva llevando los frutos del Espíritu: amor, gozo paz, paciencia etc.

Jesús nos quiere hacer comprender la total incapacidad para hacer algo bueno por noso-
tros mismos sin Él: “*El que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; por-
que separados de Mí NADA podéis hacer*” (Jn. 15:5).

Jesús es el testigo Fiel y Verdadero, Él no miente porque es la Verdad de Dios; y sin
embargo muchos hombres religiosos se empeñan en demostrar lo contrario, cuando se
presentan en olor de santidad y cargados con sus propios frutos de piedad religiosa sin
Cristo. Una vez más debemos recordar que Jesús nos dice que separados de Él no po-
demos llevar fruto alguno por nosotros mismos: “*Separados de Mí nada podéis hacer*”.
Y a pesar de todo, la lucha de nuestro “yo” es intentar vivir siempre separado de Él. Por
eso la fe también es un inmenso don de Dios, para el que cree en Cristo.

Hay gentes que pasan el día con sus liturgias y cánticos para glorificar a Dios, y sin em-
bargo los frutos que llevan son de su propia cosecha, Cristo no ha tenido nada que ver

en esa cosecha. Por eso el Padre tampoco es glorificado con sus liturgias y cánticos, porque Él sólo es glorificado con los frutos que llevamos en Cristo, la Vid verdadera. Pablo en este capítulo no sólo quiere librarnos de nuestro hombre carnal, sino también del hombre religioso legalista. El apóstol quiere que ambos estén bajo la gracia de Dios en Cristo. Para vivir bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra (v.6). Y no debemos olvidar que, una y otra vez, se levanta el hombre religioso con el *“régimen viejo de la letra”* que nos une al hombre, y se opone al *“régimen nuevo del Espíritu”* que nos une a la muerte y resurrección de Cristo a los frutos de Su propia vida.

Sin el Espíritu no me puedo ocupar de las cosas del Espíritu

Capítulo VIII:1-16

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, (los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu). Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (vs.1-2).

Este capítulo nos presenta una conclusión de todo lo que ha venido diciendo en los anteriores capítulos. El apóstol Pablo concluye con total seguridad que no hay condenación alguna para los que por la fe están en Cristo Jesús. Pero no sólo se habla de una sentencia absolutoria de todas nuestras culpas y pecados, mediante la fe que es en Cristo Jesús, sino que todo ese hecho maravilloso de la gracia de Dios lleva también consigo una completa renovación de vida, que conduce al creyente a vivir conforme al Espíritu y no según los deseos de su carne.

La causa de ese perdón total, y que nosotros seamos justificados delante de Dios, es únicamente Cristo. Él nos libra de la ley del pecado y de la muerte, y el Espíritu nos hace vivir bajo el régimen nuevo del amor en Cristo, y no bajo el régimen viejo de la letra de la ley.

¡Es un camino totalmente imposible para los que se quieren justificar ante Dios por las obras de la ley! Ya que nuestra propia carne hace débil la misma ley y es imposible que su justicia se cumpla en nosotros. Sólo Cristo me puede librar de esa situación de imposibilidad para la ley, y de la debilidad de muerte de mi propia carne.

El único camino que yo puedo recorrer con mi propia carne es un camino de muerte. *“Porque el ocuparse de la carne es muerte”* (v.6). Pero tampoco debemos olvidar que sin el Espíritu no me puedo ocupar de las cosas del Espíritu. Y el Espíritu sólo lo podemos recibir por la fe en Cristo Jesús.

Hay muchos que dedican toda su vida al sacrificio y a las duras penitencias de su carne para agradar a Dios y merecer su gracia. **Olvidan que los que viven según la carne, incluso haciendo los más duros sacrificios y penitencias, no pueden agradar a Dios.** Sólo, si estás en Cristo, no vivirás conforme a tu propia carne sino conforme al Espíritu. No son tus propios sacrificios y penitencias los que te acercan a Cristo, sino la fe en la

Palabra de Dios. Mi propia carne sólo me hunde más y más en el pecado y la muerte. El único que me libra de la ley del pecado y de la muerte es Cristo Jesús. Por eso. *“todo aquel que permanece en Él (Cristo), no peca” ((1 Jn. 3:6), y tiene vida eterna.*

A veces uno tiene la sensación de que en las iglesias vive más el Israel bajo el *“régimen viejo de la letra”*, que el Israel nacido de la simiente de Abraham por medio de la fe en Cristo, y *“bajo el régimen nuevo del Espíritu”*.

“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él” (v.9).

Dos cosas esenciales nos muestra este verso. Una, que solamente teniendo el Espíritu no se vive según la carne. Por tanto, es una guerra perdida, cuando muchas personas se esfuerzan en no vivir según la carne sin tener el Espíritu de Dios. Y tampoco podemos aceptar su aureola de santidad con la que se rodean, viendo las grandes penitencias y sacrificios que hacen en la carne. La razón de todo esto no es una simple conjetura de nuestra propia mente, sino otra de las cosas esenciales que nos enseña este verso: *“Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él”*, aunque pase toda su vida en una continua mortificación de su carne y de sus deseos. Si esa persona no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. Esto es de una importancia esencial en nuestras vidas. **Pues corremos el riesgo de vivir toda una vida religiosa sin Cristo, si esa vida no está transformada y vivificada por el Espíritu de Cristo.** Y el ocuparse de la carne, incluso religiosamente, es muerte. Sólo el Espíritu nos da la vida y la paz de Cristo.

Y Dios sólo nos da la promesa del Espíritu por medio de la fe en Cristo Jesús (Gál. 3:14). Nunca por entrar en esta o aquella congregación religiosa, ni en esta o aquella iglesia. Sólo Cristo es el centro de la vida en Dios y de la gracia. *“Pues la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17).*

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, más el espíritu vive a causa de la justicia” (v.10).

Si por la fe Cristo habita en nuestros corazones, nuestro espíritu vive, porque Él mismo nos ha vestido con su justicia vivificadora. Y nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, para que este cuerpo de pecado quede inactivo, y podamos servir bajo el régimen nuevo del Espíritu. **Y también tenemos la esperanza cierta y viva, de que nuestros propios cuerpos mortales, un día, serán vivificados por el Espíritu que mora en**

nosotros con el mismo poder con que Dios levantó de entre los muertos a Cristo Jesús.

Por todo esto, desde la fe, vemos claramente que nada debemos a nuestra propia carne, para desear vivir conforme a la carne. *“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis” (v.13). “Mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”.* Es muy importante que nos demos cuenta que la Palabra de Dios nos dice que hagamos morir las obras de la carne en nosotros, no por las penitencias o los sacrificios, sino por el Espíritu. Porque sólo los frutos del Espíritu: amor, gozo, paz paciencia, benignidad, bondad etc., hacen morir las obras de la propia carne. Así vivimos por el Espíritu y andamos por el Espíritu. Y no somos deudores a la carne, sino al Espíritu.

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (v.14).

El hombre natural muchas veces quiere defender sus derechos diciendo que él también es hijo de Dios, como cualquier otro. Pero eso es un grave error, porque sólo son hijos adoptivos de Dios los que aceptan a Jesús como su único y perfecto Salvador, y son guiados por el Espíritu de Dios. Nunca debemos confundir el ser criaturas de Dios, con el ser hijos de Dios. Pues, Dios ha creado todas las cosas y a todos los seres vivientes, pero **sólo aquellos que creen en Cristo Jesús**, *“les dio potestad de ser hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn. 1:12-13).*

Ni la sangre, ni la carne, ni voluntad alguna de varón engendran hijos de Dios. Sólo Dios es el que engendra a sus hijos por medio de la fe en Su Hijo.

¡Cuántos hay que se llaman hijos de Dios por voluntad de los “varones religiosos; o por los votos de castidad, pobreza y obediencia a los que someten su carne; o por ser de sangre católica o protestante! Esa voluntad, esa carne y esa sangre no hace hijos de Dios. **Es necesario nacer de nuevo, ser engendrado por Dios y guiado por el Espíritu.**

La religión humanista sigue engañando al hombre con falsas promesas y falsos planteamientos respecto a sus propias posibilidades. Pero para el hombre no hay posibilidad alguna de vida eterna si no acepta a Cristo Jesús.

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (v.16).

Por eso, en otro lugar, la Palabra de Dios también nos dice: *“El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo” (1 Jn. 5:10)*. Pero este testimonio nunca es fruto de la propia opinión del creyente sino que es un testimonio del Espíritu. Así la vida del creyente está en Cristo y el Espíritu la hace realidad en el que es de la fe de Jesucristo. El Espíritu nos enseña a vivir la vida del Hijo como hijos de Dios, y nos impele a llamar a Dios: ¡Padre!

Si Dios mismo nos dice que la vida está en Cristo, y el que está en Cristo tiene la vida, también nos dice que el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Todo esto es de esencial importancia para nuestra vida personal de creyentes, porque ese testimonio está en nosotros mismos. Y no es un producto de agentes religiosos o sociales externos, sino de ALGUIEN que está en nosotros y mora en nosotros: CRISTO.

El formar en ti la imagen del Hijo, es obra del Creador, no tuya

Capítulo VIII:28-39

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (v.28).

Esta propuesta de Dios nos puede parecer de lo más incomprensible y, a la vez, el consuelo más grande que envuelva toda nuestra existencia sobre esta tierra regada tantas veces por el llanto y el sufrimiento.

Pero en medio de este valle de lágrimas se levanta la voz firme de Dios que nos dice: *“todas las cosas les ayudan a bien”*. Sin embargo nuestra propia mente se rebela con sus razonamientos contra este principio formulado por Dios, porque no entiende ni ve explicación alguna a ese llanto y a ese sufrimiento. Mi propia mente sólo me lleva al túnel oscuro de lo incomprensible.

Sólo la fe alumbrá mis tinieblas con la Luz de Cristo y me hace ver la consoladora grandeza de Dios que hace concurrir todas las cosas cotidianas para el bien de los que aceptan a Cristo como su único y perfecto Salvador. Estos son los salvos, los llamados con llamamiento santo, no conforme a las obras que ellos han hecho, sino conforme al propósito de Dios (por pura voluntad de Dios) y por la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (2 Timoteo 1:9).

Esta gracia se ha hecho plena realidad con la venida de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y nos dio vida e inmortalidad anunciada en la Buena Nueva, el Evangelio, que es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree en Cristo.

El gran propósito de Dios sigue vigente, hoy como ayer, para todo aquel que desde lo más profundo de su corazón busca a Dios en Su Hijo Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

“Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (v.29).

El propósito creador de Dios desde el principio se nos anuncia en estos términos: *“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27).*

Pero el hombre por su voluntaria ruptura con Dios, rompió también esa imagen visible de Dios que estaba grabada por Dios en el hombre. Así como Moisés rompió las tablas de la Ley grabadas por el dedo de Dios, cuando vio el pecado de su pueblo Israel.

El hombre por su propia corrupción se hizo un portador irreconocible de la imagen visible de Dios. En el hombre ya no se reconoce nada de su Hacedor. Esta situación ha llevado al hombre a la más absurda idolatría siguiendo la imaginación de su corrompido corazón.

Sin embargo Dios no anuló su propósito, y nos presenta a Su propio Hijo, Jesús: *“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra...todo fue creado por medio de Él y para Él” (Colosenses 1:15).*

Y su propósito hoy es que, todo aquel que es de la fe de Jesucristo, sea hecho conforme a la imagen de Su Hijo. Así el apóstol Pablo les dice a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso: *“Somos hechura Suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:10).* *“Somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).*

Por eso con toda firmeza y contundencia se nos dice: *“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Cor. 5:17).*

Este es el propósito de Dios y la obra de Dios en los que creen en Cristo Jesús. El único que nos puede formar a imagen del Hijo es el Padre, porque *“nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mt. 11:27).* Esta es una obra del Creador, nunca de las criaturas. Así, pues, todos esos maestros que quieren formar a sus discípulos a imagen de lo que ellos mismos piensan sobre Dios, no hacen otra cosa que falsificar esa imagen, ya que es obra exclusiva de Dios, el formar en nosotros la imagen de Su Hijo.

Cuando el hombre pone sus manos o sus métodos religiosos para moldear esa imagen, lo único que puede reproducir es una burda caricatura de Alguien que no conoce. Porque si le conociese por medio de la fe, se dejaría transformar por el Espíritu del Señor en esa misma imagen. Y jamás haría otra cosa que poner su plena confianza en su Formador y Creador, para que Él sea el único que reproduce esa imagen nítida de Su Hijo en él.

Hay otros muchos que, sin dudar de la veracidad de la Palabra de Dios, se pierden en conjeturas filosóficas y teológicas. Y lo único que consiguen es inquietar con sus vanos razonamientos a los sencillos y humildes en la fe. Hemos de tener muy en cuenta que Dios no necesita de nuestras explicaciones para Su obra, ni podemos explicar Su obra

porque excede todo conocimiento. *“Él es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Efesios 3:20)*. Lo que para nosotros es incomprensible, para Dios es normal. Palabras como: predestinación, llamamiento, justificación, glorificación, nos declaran el actuar de Dios, para que sean hechos conformes a la imagen de Su Hijo, todos los que están en Cristo Jesús por medio de la fe.

Cuando intentamos explicar todo esto, nuestra mente se pierde en un laberinto de preguntas sin respuestas y leyes que atan nuestro pensamiento a los límites de nuestro ser finito. Pero el Hacedor deja oír su voz dentro del laberinto de nuestra mente con el eco de su Palabra: *“Así dice el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los quebrantados” (Isaías 57:15)*.

Dios no pide que comprendamos o expliquemos su OBRA, sino que creamos: que Su Espíritu mora en nosotros, nos hace vivir en Cristo y vivifica nuestros corazones por medio del sacrificio de la cruz.

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?

Los interrogantes que nos puedan hacer o nosotros mismos podamos formular, tienen clara respuesta en el actuar de Dios al entregar a Su Hijo por todos nosotros. Todas nuestras preguntas pierden toda su fuerza cuando dejamos a un lado toda nuestra manera de pensar y aceptamos la OBRA de Dios por medio de la fe:

- Porque Dios está de nuestro lado, y nada ni nadie nos puede vencer.
- Porque Él entregó a Su propio Hijo por todos nosotros, y esa es la garantía total de que con Él nos dará todas las cosas.
- Porque Dios mismo es el que nos justifica gratuitamente por su gracia en Cristo Jesús, y nada ni nadie nos puede acusar ante el trono de la gracia de Dios.
- Porque Cristo murió por nosotros, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, siendo el que resucitó y está a la diestra del Padre, e intercede por nosotros.

- Porque nadie nos puede arrancar del amor de Cristo: ni tribulaciones, ni angustias, ni persecución, ni hambre, ni peligro, ni espada; en todas estas cosas tenemos la victoria segura por medio de Cristo Jesús, el cual nos amó y se entregó a Si Mismo por nosotros.
- Porque estamos seguros que ni la muerte ni la vida, ni lo presente ni lo porvenir, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

El barro que quiere ser vaso y alfarero

Capítulo IX

“Son Israelitas de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo...” (v. 4,5).

El apóstol Pablo quiere salir al paso de las duras críticas que él de continuo recibía de sus *“parientes según la carne”*. Nada más lejos de su deseo sino que los de su pueblo Israel llegasen todos al conocimiento de la Verdad, que es en Cristo Jesús. Este gran amor en Cristo hacia su pueblo lleva al apóstol a desear ser anatema de Cristo, como el mismo Cristo se hizo anatema ante el Padre por todos nosotros. Pablo hace una larga lista de las prerrogativas de los israelitas: les ha sido confiada la Palabra de Dios, el pacto, la adopción, la promulgación de la ley y las promesas a los patriarcas, y si todo esto ya era una inmensa bendición de Dios, aún falta la gloria más sublime de Israel, de quien, según la carne, vino Cristo Jesús. Y Él según su mismo NOMBRE indica: *“salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21)*.

Todo esto para la mente de un israelita les hacía los únicos poseedores, por su propia estirpe, del plan de Dios. Ante lo cual Pablo tiene que decir: *“no todos los que son hijos según la carne son hijos de Dios, sino los que son hijos según la promesa son contados como descendientes” (v.8)*. Dios no contaba como hijos a los que nacían de la carne sino de su “promesa”. Pues según la carne tan hijo de Abraham era Isaac como Ismael o Jacob como Esaú. Pero sólo Isaac y Jacob nacieron conforme al propósito de Dios.

Este actuar de Dios supera toda nuestra capacidad de comprensión y explicación. Por eso a través de los tiempos muchos se han precipitado en el abismo que se abre entre la propia limitación de la mente humana y a AQUEL que habita la eternidad (Is. 57:15). El único que conoce las cosas de Dios es el Espíritu de Dios. Y el Espíritu es el único que nos puede explicar y hacer comprender el actuar de Dios con nosotros y con los demás.

Uno en el orden natural de las cosas busca convencerse de la certeza o la falsedad de los hechos dando respuesta a los interrogantes, que nos formula nuestra propia mente. Cuando esas dudas interrogantes han sido resueltas por nuestros razonamientos, entonces nuestra mente reposa en el convencimiento. Pero nuestra mente no puede escudriñar lo profundo de Dios, sólo el Espíritu conoce las cosas de Dios. Por eso sólo Él nos pue-

de convencer, por medio de la fe, de la certeza de su llamamiento *“según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús” (1 Tim. 1:9).*

“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (v.16).

Y esto es así, porque Dios ni salva ni llama por las propias obras del hombre sino por Su gracia. Ya que todos los hombres pecaron y en sí mismos están destituidos para ser vasos de gloria para Dios. Sólo por Su gracia son justificados gratuitamente aquellos, que Dios llama a la fe de Su Hijo Jesucristo.

Si nos resultan a veces incomprensibles los motivos que mueven nuestra propia voluntad, hasta el punto de que el mismo Pablo exclama: *“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (7:15);* ¿cómo vamos a poder comprender desde nuestra mente carnal los motivos y las razones que Dios tiene para actuar según Su libérrima voluntad?

“Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” (v.20,21).

El salmista dice: *“Tus manos me hicieron y me formaron; hazme entender...” (Salmo 119:73).*

Lo primero que hemos de entender es que todos estamos hechos **de la misma masa**. El destino que el divino alfarero por su libérrima elección da a cada vaso de barro, es lo que los hace diferentes. **Unos para vasos de ira y otros para vasos de las riquezas de su gloria**. El apóstol entendió muy bien el propósito de Dios al decir: *“Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no nuestra” (2 Cor. 4:7).*

Nosotros los hombres, más que barro, nos consideramos dioses, y por eso nos atrevemos a disputar con el Creador y Señor del cielo y de la tierra. Pero Él por boca del profeta Isaías nos dice: El que contienda con su Hacedor, *“es el tiesto de los tiestos de la tierra” (Isaías 45:9).* No es audaz, inteligente o sabio contender con Dios, antes bien, es todo lo contrario, el más vil de los viles, y en comparación con la misma masa de la que ha sido formado es *“el tiesto de los tiestos”*.

¿Cuántos interrogantes, dudas, controversias, disputas y planteamientos necios han tenido lugar a través de los siglos, porque el hombre no reconoce que es barro en las manos de su Hacedor?

Si es absurdo que el barro pueda formular pregunta alguna al alfarero: “¿*por qué me has hecho así?*”; cuánto más contender con Aquel que todos los pueblos son delante de Él como nada; “*y en su comparación serán estimados en menos que nada, y que lo que no es*” (Is. 40:17).

Pablo resume todo esto con estas palabras: “*El que se cree ser algo, no siendo nada, así mismo se engaña*” (Gál. 6:3).

Sin embargo, la historia del cristianismo está llena de hombres que se creyeron algo, y se engañaron a sí mismos y a muchos otros. Por eso dieron, y dan, tanta importancia a sus propias obras y a sus sistemas doctrinales que les hunden en el engaño, porque su necio corazón no entiende la obra de Dios.

“¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por la fe, mas Israel... no la alcanzó. ¿Por qué? Por que iba tras ella no por fe, sino como por obras de la ley...” (v.30-32).

A veces llenamos la boca con palabras como predestinados, elegidos, llamados, justificados, e intentamos que nuestro hombre natural nos dé el diagnóstico sobre esa realidad en nosotros. Pero una vez más nos engañamos a nosotros mismos, ya que “*el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*” (1 Cor. 2:14).

Cuántas discusiones inútiles y falaces conclusiones se hubiesen evitado si, los que se llaman cristianos, se hubiesen dejado enseñar por el Espíritu y no por el hombre natural. El Espíritu es el que nos enseña lo que Dios nos ha concedido en Cristo, y eso es lo que hemos de hablar, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana sino con las que enseña el Espíritu. Los siglos nos demuestran que los llamados cristianos han hecho más caso a los conceptos y planteamientos formulados por la sabiduría humana, que a la enseñanza del Espíritu. De ahí que el hombre natural se cargue de interrogantes y de conjeturas sobre el actuar de Dios que nos revela en su Palabra. Y la sabiduría humana, sin poder entender, se marca su camino de las propias obras, como un remedo de la OBRA de Dios en Cristo. Así el hombre natural, con sus propias obras, se quiere justificar ante Dios. Sería el barro que quiere ser vaso y alfarero. Esa obra es de Dios no del hombre-barro.

La Palabra de Dios nos repite con insistencia que Dios nos justifica gratuitamente por Su gracia, por medio de la fe en Jesucristo. *“A fin de que Él sea el Justo, y el que justifica al que es de la fe de JESÚS” (3:26).*

Y la promesa firme de Jesús es: *“El que cree en Mí, tiene vida eterna” (Jn. 6:47).*

**Hablamos como cristianos,
pensamos como “cultos”,
vivimos como incrédulos**

Capítulo X

“Doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (vs. 2-4).

Uno de los grandes males de nuestro tiempo es el celo religioso que infecta al hombre religioso, y que se incuba en las distintas organizaciones religiosas, ya sean estas de signo cristiano o no.

La fatal fiebre que alerta de ese “celo” es el odio sin contemplaciones hacia todo y a todos los que no comparten ese “celo”.

A través de los siglos la historia se repite, pues Pablo reconoce en el Israel de su tiempo ese celo por las cosas del Dios de sus padres. Pero ese celo no era más que una tradición o algo que les había sido enseñado como un mandamiento de hombres. Y ese celo les llevó a negar *“al Santo y al Justo... al Autor de la vida” (Hechos 3:14,15)*, y pedir a cambio un homicida. ¿Puede haber mayor ignorancia? ¿Ya había perdido fuerza el eco de la voz del salmista: *“lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino”*? No nos engañemos, en la medida que va en aumento el celo religioso de nuestro “ego”, se hace cada vez más insensible al eco vivificador de la Palabra de Dios.

Ese celo hace al hombre un completo ignorante del conocimiento de Dios. Aunque esté capacitado para manejar todos los medios modernos de información y marketing. Por eso, por doquier, se levantan grupos religiosos que enseñan a justificarse ante Dios por su propia justicia. Sus escritos están llenos de citas de la Palabra y referencias a Cristo. Así como el Israel de entonces, siendo destinatario de la Palabra de la ley y los profetas, no aceptó al Autor de la vida ni Su justicia. También hoy muchos llamados “cristianos” tienen celo de Dios y hablan de Su Palabra, pero no se sujetan a la justicia de Dios.

¿Y por qué no se sujetan a la justicia de Dios? El apóstol Pablo nos da esta respuesta: *“porque ignoran la justicia de Dios”*. Esa ignorancia les lleva a buscar su propia mane-

ra de justificarse ante Dios. A partir de ese momento no habrá más justicia para ellos que las normas, que ellos mismos establecieron, y el celo religioso será el fuego que aniquile cualquier otra posibilidad.

Sin embargo, de la justicia de Dios dan testimonio la ley y los profetas. Así nos lo confirma el apóstol: *“La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo”* (3:22). Esto es un hecho gratuito de la gracia de Dios, por medio de la fe en la sangre reconciliadora de Cristo.

Pues, *“Dios es el justo, y el que justifica (3:26), al que es de la fe de Jesús”*. El hombre pecador no tiene ninguna otra manera de justificarse ante Dios: sólo si es de la fe de Jesús. Por eso, al hombre, sólo le queda reconocer su pecado, sabiendo que Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad, si creemos en Cristo Jesús.

Es un gran error apoyarse en la propia justicia, pues la Palabra de Dios nos dice: *“No hay justo, ni aun uno, no hay quien entienda...”*(3:10). Lo único que nos muestran todos aquellos que establecen su propia justicia, es su total falta de entendimiento en las cosas de Dios, y una falta de interés por hacer la voluntad de Dios. Ya que el Mismo Jesús nos dice: *“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta”* (Juan 7:17). Este sigue siendo un principio válido en la difusa confusión de nuestro tiempo, para los que de verdad quieren hacer la voluntad de Dios; y al mismo tiempo deja al descubierto a todos los que siguen doctrinas religiosas de hombres, que sólo hablan por su propia cuenta.

Ni tu gran celo religioso ni tu propia justicia son garantía alguna de que tú conoces a Cristo. Antes al contrario, ponen en evidencia que tú hablas por tu propia cuenta, y no es tu meta hacer la voluntad de Dios. Pues te presentas con tu propia justicia según la ley religiosa de tu “iglesia”, congregación o sociedad religiosa, y no con la justicia *“que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Filipenses 3:9).

“Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (v.4).

El apóstol Pablo da a la ley el oficio de ayo que nos ha educado en la voluntad de Dios mientras no llegaba Cristo para ser justificados por la fe (Gálatas 3:23,24).

Así, pues, Cristo es la finalidad de la ley, para que la justicia que ella anunciaba fuese hecha realidad en nosotros por medio de la fe en Cristo. Por eso, venida la fe en Cristo, ya no estamos bajo la ley. Porque *“ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo”* (3:21). Aquí se ve la gran ignorancia religiosa

en la que están atrapados todos los que quieren justificarse por las obras de ley. Esto es tanto como prescindir de Cristo. Sí, hablan de Cristo y dicen creer en Cristo, pero con sus hechos lo niegan, porque no tienen el testimonio de Dios en sí mismos. *“Y este es el testimonio de Dios: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en el Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11,12).*

Dios nos dice que la vida eterna está en el Hijo, no en la ley; y tiene la vida eterna, el que tiene al Hijo por medio de la fe, no el que tiene la ley por medio de la autodisciplina.

Muchos están muy cerca de la ley y de todas las normas religiosas que les imponen, pero ignoran, en parte o del todo, la Palabra de fe del Evangelio de la gracia. Para éstos, Cristo no es el fin de la ley, sino una meta a conseguir por la ley. Ellos piensan alcanzar por las obras de la ley una vida digna que les haga capaces de merecer el premio de la vida eterna. Ignoran que esa vida está en Cristo, y Él mismo nos dice: *“El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).* El que cree en Cristo tiene vida eterna, y ha pasado de muerte en el pecado a vida en Cristo. Pues la paga del pecado siempre es muerte, y la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús.

El hombre “religioso” e hijo de la religión se niega siempre aceptar que su “celo religioso” no tenga valor alguno para alcanzar el favor de Dios. Sin embargo el hombre que se reconoce pecador ante su Hacedor, sabe que toda su propia vida nada merece ante el Señor de cielos y tierra, sino la muerte. Por eso sin miramientos acepta con profunda gratitud la justicia que Dios le ofrece gratuitamente por medio de la fe en Su Hijo. Porque sólo Dios por Su gracia puede aceptarle como justo en Cristo siendo pecador. Entonces comprueba que la Palabra de Dios hace lo que dice, y el testimonio de Dios es realidad en él: *“el que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo..... el que tiene al Hijo tiene la vida...”*.

Ahora es un hombre nuevo en el amor de Cristo, lleno de paz, gozo y esperanza viva. Y la Palabra de Dios, día y noche, le recuerda: *“Todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado” (v.11).*

Pero a todos aquellos que no creen en Él, dice: *“Avergüéncense todos los que sirven a las imágenes de talla, los que se glorían en los ídolos” (Salmo 97:7).*

Esto es válido también para los que ignoran la justicia de Dios, y establecen en cambio la suya propia. Los que dan culto a las imágenes y se glorían en sus propios santos, como garantía de su propia justicia ante Dios.

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (v. 17).

La fe de la que habla Dios en las Escrituras siempre está directamente relacionada con el escuchar la Palabra de Dios. Nada tiene que ver con la fe que acepta fábulas religiosas, historias de “santos”, apariciones de vírgenes o dogmas fundamentados en la filosofía religiosa de los hombres de iglesia. Todo esto es simiente corruptible que no rescata al hombre de su vana manera de vivir. Pero la Palabra de Dios es simiente incorruptible de la que son renacidos todos los que la desean como leche espiritual no adulterada (1 Pedro 1:23; 2:1), y esta Palabra vive y permanece para siempre. Y tiene poder para hacer crecer y sobreedificar a los que de ella se alimentan.

Cuando el hombre oye la Palabra de Dios, y pone su fe en las fábulas de santos y vírgenes, para nada le aprovecha oír la Palabra, por no ir acompañada de fe, sino de un celo religioso, que nada tiene que ver con la Buena Nueva de salvación en Cristo.

Ante la Palabra de Dios nadie puede poner sus propias excusas, ya que se nos dice:

“Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón” (v.8). **Pero la Palabra no se tiene en la boca para parlotear sobre ella, sino para que confíes que Jesús es el Señor; ni en el corazón para saberla, sino para que creas que Cristo murió por ti y Dios lo levantó de entre los muertos.** Sabiendo y creyendo que “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (v.13). Nada nos dice la Palabra de invocar otros nombres como algunos enseñan a sus fieles. Nos preguntamos, ¿qué garantía les ofrecen a sus creyentes de que al invocar los nombres de “santos” o “vírgenes” va a repercutir eso en beneficio de su salvación? Pues la Palabra de Dios nos dice, sin ninguna posibilidad de duda, que sólo en Jesús tenemos salvación, *“porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:11,12).*

La fe que Dios pide de ti es la que se fundamenta únicamente en Su Palabra.

Tengo la sensación que las palabras que un día Dios dirigió al pueblo de Israel, hoy tienen plena actualidad para el conjunto del pueblo llamado “cristiano”. El Señor se lamentaba de la actitud de su pueblo con estas palabras: *“Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor” (v.21).*

Rebelde porque ignorando la justicia de Dios, quiso establecer la suya propia. Contradictor porque habiendo oído la Palabra de Dios, la contradecía con sus mandamientos de hombres. Y sobre estos mandamientos se basaba el temor que tenían de Dios.

Hoy el “cristianismo” está inmerso en esa misma rebeldía y contradicción. **Hablamos como cristianos, pensamos como aristotélicos y vivimos como incrédulos.**

El único que puede sacar al “cristianismo” de ese pozo es Cristo, porque sus manos aún siguen extendidas sobre la cruz para abrazarnos en el inmenso amor de su gracia, y llevarnos a la casa del Padre.

Las frías y oscuras mazmorras de la incredulidad

Capítulo XI

“Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia.

Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (vs. 5,6).

El apóstol Pablo en este capítulo quiere, ante todo, que reconozcamos todos, que la salvación viene de los judíos (Jn. 4:23); y, tanto para los judíos como para los no judíos, esa salvación es por la gracia de Dios hecha realidad en Su Hijo Jesucristo.

También nos pone en guardia ante nuestro discurso racional, si pretendemos entender la mente de Dios, porque sus juicios y caminos son insondables e inescrutables. Cuando el hombre se adentra con su razón, sin la Luz de la Palabra de Dios, en esos juicios y caminos, se precipita inexorablemente en las frías y oscuras mazmorras de la incredulidad. Ya que su propia mente sin el Espíritu no puede conocer las cosas de Dios, *“porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Cor. 2:10).*

El Señor siempre ha tenido en Israel, a pesar de la incredulidad del pueblo, *“un remanente escogido por gracia”*. El mismo Pablo se contaba entre ese remanente escogido por gracia. Aunque antes, por mandato de los dirigentes de su pueblo, perseguía a ese remanente que el Señor estaba formando por la gracia y en la fe de Su Hijo Jesucristo.

En carta a su amigo Timoteo reconoce que su actitud de oponerse a los llamados en Cristo lo había hecho por ignorancia en incredulidad (1 Tim. 1:13). Esta misma actitud de ignorancia e incredulidad es la que mantiene el pueblo de Israel. Y esta actitud ha redundado en favor de los gentiles, que por gracia también han sido llamados a participar de las promesas y de la salvación prometida a la descendencia de Abraham. En muchos de sus descendientes se ha hecho realidad por gracia la salvación en Cristo Jesús. Otros siguen en esa ignorancia e incredulidad edificando su salvación sobre sus propias obras y privilegios, sin aceptar por la fe esa gracia inmensa de la salvación. Así se hacen ignorantes de la justicia de Dios que es *“por medio de la fe en Jesucristo”*, y en su incredulidad pretenden ser justos ante Dios por sus propias obras. No aceptan ser un remanente escogido por gracia sino por sus propias obras.

Sólo la elección de Dios por Su gracia puede hacer que no dobles tus rodillas y le ofrezcas tus propias obras ante el “Baal” que es tu “ego” religioso. Hoy, dada la confusión religiosa que acampa por todas partes, también podemos tener la tentación, como el

profeta Elías, de clamar ante el Señor: ¡sólo nosotros quedamos sin esa contaminación de Baal! Puede ser que nuestra apreciación esté tan distante o más, en una relación de uno a siete mil, como la del profeta Elías.

Hemos de tener muy claro que las iglesias calculan sus proporciones salvíficas según sus propias señas de identidad, como hacía el pueblo de Israel. Pero Dios tiene Su propio sello de identidad, el Espíritu Santo, que confirma Su elección por gracia, tanto para el judío como para el que no es judío.

El texto que encabeza este escrito destruye toda sutileza humana que pretenda abrir una puerta para entrar a ese “*remanente elegido*” por las obras y no por la gracia. Pues el apóstol nos aclara: “*si es por gracia, ya no es por obras; y si es por obras, ya no es gracia*”. Si aceptas la elección por gracia sigues la senda de la fe en Cristo. Pero, si por el contrario, aceptas la elección de Dios por tus propias obras has entrado en la ancha senda de la ignorancia e incredulidad. En ti se hacen realidad las palabras del profeta: “*para que no vean con sus ojos, ni oigan con sus oídos, ni su corazón entienda*” (Is. 6:10).

¿No es esta la situación de la gran mayoría de la cristiandad actual?

¿Y por qué se da este desgajamiento en la cristiandad actual? Porque es una sociedad sin ojos, sin oídos y sin corazón para la Palabra de Dios.

“Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme” (v. 20).

Israel se había formado y crecido recibiendo de los profetas la Palabra de Dios, pero una gran parte de ellos fueron desgajados como ramas del buen olivo por su incredulidad. Lo mismo podemos decir de las distintas iglesias que conforman la sociedad occidental, la incredulidad es la sierra que ha cercenado gran parte de las ramas que habían sido injertadas en el buen olivo.

Buscamos mil y una excusa para disculpar esa incredulidad circunstancial que acampa a sus anchas en la mayoría de las iglesias. Y a tal grado de frivolidad han llegado algunos que a esa incredulidad la califican como la propia fe de su iglesia. No vamos a negar que estas iglesias tienen celo de Dios, como lo tenía Israel, pero ese celo es un producto forjado por el empeño de establecer su propia justicia edificada sobre sus propias obras. Y así ignoran la justicia de Dios testificada por la ley y los profetas, “*la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo...siendo justificados gratuitamente por Su gracia*” (3:22,24). Sólo por la fe puedes estar en pie ante el trono de la gracia que te une a la

“*Vid Verdadera*” que es Cristo; si no permaneces por medio de la fe en Cristo serás “*echado fuera*” y te secaras en tu propia incredulidad (Jn. 15:6).

¿Cómo se puede ensoberbecer alguien que reconozca que separado de Cristo no puede llevar fruto alguno espiritual, sino sólo las obras muertas de su propia carne? Y a pesar de todo, el apóstol ya advierte a la iglesia de Roma de esa absurda incoherencia que se daba en algunos de sus miembros. Hoy parece que la Iglesia de Roma sigue sin aprender la lección. Y nos encontramos con un Papa, que proclamando por todas parte que su iglesia es la única verdadera y santa, tiene que llamar a los obispos y cardenales de todo un país como es Estados Unidos, para proclamar públicamente la conducta inmoral de parte de su clero. Una vez más vemos que, cuando una iglesia establece su propia justicia fundada en sus normas y disciplina, fracasa estrepitosamente y se pone de manifiesto esa incoherencia entre la teoría y la práctica.

El Señor Jesús nos lo advierte a todos: “*El que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer*” (Jn. 15:5). Jesús nos dice que la garantía de ese fruto es estar unido a Él por la fe. Nunca se puede cambiar de persona ni de medio de unión, porque ni el Papa es la persona indicada, ni sus normas o disciplina son el medio que reclama Cristo para tener esa vida. Pues Él nos dice: “**El que cree en Mí, tiene vida eterna**” (Jn. 6:47).

Seas sacerdote, pastor o simple fiel, deja tu soberbia de sentirte miembro de la mejor iglesia, y pregúntate si tienes “*vida eterna*”. Pero no te engañes, porque si no tienes a Cristo no tienes la vida (1 Jn. 5:12). No vale que tengas al Papa con toda su cohorte de “santos y vírgenes”, ni una iglesia que tiene todos sus dogmas fundados en la letra de la Biblia: **Si Cristo no está en ti y tú en Cristo por medio de la fe, nada tienes ante el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.** Por lo cual deja tu soberbia religiosa, y considera la actitud de Pablo en su vivencia personal con Cristo: “*Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*” (Gal. 6:14).

Pero Pablo no considera ese: “por Cristo el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”, como una derrota, sino como una gran victoria. Y el arma de esa victoria es la fe. Así lo leemos en 1ª Juan 5:4: “*Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe*”.

Cristo: el único sacrificio vivo, santo y agradable a Dios

Capítulo XII

“Así que, hermanos, os ruego por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (v.1).

Muchos a través de los siglos del cristianismo han interpretado este pasaje como una invitación al hombre a sacrificar su propia vida personal con el duro trato de su cuerpo a base de duras penitencias y sacrificios para merecer ante Dios toda clase de gracias y favores divinos. Nada más lejos de la realidad. Pablo, aquí, les hace saber a los cristianos de Roma lo que ellos son por la misericordia de Dios mediante el sacrificio único e irrepetible de Cristo en la cruz. **Por la gracia de Dios mediante la fe han sido asociados a ese sacrificio del Amado Hijo de Dios y este sacrificio sigue vivo, santo y agradable a Dios, haciéndose realidad cada día en el cuerpo de los creyentes, limpiados por la sangre de Jesucristo de todo pecado, que se prolonga en el tiempo hasta el día de la próxima venida del Señor Jesús.** Y esto es así porque en Él, *“somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Cristo hecha una vez para siempre... habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados... y con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:10,12,14).*

El hombre natural no puede ofrecer a Dios algo que sea *“vivo, santo y agradable”* porque está muerto en delitos y pecados. Solo en Cristo está la verdadera vida para el hombre, y Jesús nos dice: *“El que cree en Mí, tiene vida eterna” (Juan 5:47).*

Es un error de muerte dedicar toda tu vida al sacrificio y a la penitencia corporal para alcanzar la santidad personal y el favor de Dios. Así estás negando que Cristo fue y es el único sacrificio vivo, santo y agradable a Dios que te *“hace santo y sin mancha delante de Él” (Efesios 1:4,13), “y habiendo creído en Él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”.*

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...” (v.2).

Cuando uno es consciente de la obra infinita de amor que Cristo mismo ha hecho realidad para todo aquel que cree en Él, es imposible que pueda vivir conforme a los modos

y maneras de este siglo (de este mundo). *“Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, la vanagloria de la vida, no provienen del Padre, sino del mundo” (de este siglo) (1ª Juan 2:16).*

La gente de este mundo anda conforme a la vanidad de su propia mente; su entendimiento está entenebrecido por la ignorancia y la dureza de su corazón; desconocen por completo la vida de Dios que Jesús ha hecho realidad en todos los que creen en Él. El sello de Dios, en el que cree, es el Espíritu Santo, y al mismo tiempo es el poder renovador y transformador del hombre interior para que Cristo habite por la fe (Efesios 3:17) en el corazón del que se confía a Él como su único y perfecto Salvador. El mismo Espíritu Santo viste con la justicia y la santidad de Cristo a ese hombre nuevo, porque el viejo hombre está totalmente corrompido en sus deseos engañosos. Esta es la transformación y renovación que Pablo propone a los creyentes de Roma. Aunque en aquel tiempo esa iglesia floreció en ese camino de la nueva vida en Cristo, no ha pasado mucho tiempo para que se olvidara de esa advertencia y se conformara a los poderes de este siglo, transformándose la gran Roma Papal en un gran poder religioso-político a la cabeza de los poderes de este siglo. Entonces en vez de Cristo Cabeza de la Iglesia se presenta el Papa como Vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia Romana. ¿Qué diría Pablo a todo esto? Pienso que diría algo parecido a lo que le dijo a Pedro en Gálatas 2:14: *“Cuando vi que no andaban conforme a la Verdad del Evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?..... sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo...”*.

La Verdad del Evangelio, Cristo Jesús, es el que nos justifica ante Dios y los hombres por medio de la fe. Si uno no anda conforme a esta Verdad, anda en la vanidad de su mente ajeno a la vida de Dios.

“Cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de la fe que Dios repartió a cada uno” (v.3).

Cuando uno no actúa conforme a la medida de la fe sino gloriándose en sus propias obras, el concepto que tiene de sí mismo siempre está por encima de los demás. Se coloca en la cúspide más alta, porque allí se siente más cerca de Dios. Hasta se cree representante de Dios, y permite que le llamen “Santo Padre”. No sólo debes pensar de los otros con cordura, sino, en primer lugar, de ti mismo. La medida de ese pensamiento no

puede estar formada por tu poder eclesial, o por tus títulos académicos o por tu liderazgo, sino por la medida de la fe. Pero no olvides que, esa fe, Dios la reparte a cada uno, porque es un don de Dios. Y es por la gracia, y la gracia a cada uno nos es dada *“conforme a la medida del don de Cristo” (Efesios 4:7)*. Dios el Padre y Su Hijo Cristo Jesús son los protagonistas de este reparto, tú eres un invitado a participar en familia de la vida de Dios. Piensa de ti con cordura y no rechaces esa invitación por la vanidad de tu mente y la dureza de tu corazón.

Si te dejas informar por el Espíritu, el concepto que tendrás de ti mismo será el de un pecador del que Dios tuvo misericordia en la muerte de cruz de Su Hijo. Y reconocerás que es el acto de amor más grande que nadie jamás podría hacer por ti. *“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a Su Hijo Unigénito al mundo, para que vivamos por Él” (1ª Juan 4:9)*.

El hombre que vive conforme a la medida de la fe que Dios le repartió, vive por Cristo y en Cristo. Ni le preocupa el concepto que otros tengan de él ni lo que de él piensen, y mucho menos se conceptuará a sí mismo ante los demás.

“No todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (vs. 4,5).

Si alguna duda te pudiera quedar, estos versos te la aclaran, para que no te catalogues con un más alto concepto sobre ti que la de función de miembro de un cuerpo en Cristo. Tampoco debemos olvidar que *“no todos los miembros tienen la misma función”*. Y esta función está en relación con los diferentes dones que por gracia nos son dados.

“Pero Dios que hace todas las cosas en todos es el Mismo” (1 Cor. 12.6). Por tanto, si te sientes miembro del cuerpo de Cristo, ¿qué más alto concepto puedes tener de ti mismo que ser un miembro de ese cuerpo para provecho de todos los demás miembros? Porque en un cuerpo, si un miembro sufre, todos sufren y, si un miembro se goza, todos se alegran. Por tanto, no hay la más mínima posibilidad de que un miembro de un cuerpo haga una vida independiente del cuerpo.

A veces uno tiene la impresión de que muchos de los que se dicen creyentes, más que miembros del cuerpo de Cristo parecen miembros sueltos ensimismados en su autosuficiencia y en el alto concepto que tienen de sí mismos. Sólo ellos son los miembros necesarios, útiles e indispensables de la iglesia. Los otros sólo son masa pecadora.

Esto pasa cuando las iglesias pretenden sustituir los dones que el mismo Espíritu reparte a cada uno en particular como el quiere (1 Cor.12:11), por una formación doctrinal, que

en la mayor parte de los casos es un sucedáneo de los dones del Espíritu. Esta es muchas veces la causa de la quiebra de la unidad, porque se edifica sobre doctrinas y no con los dones del Espíritu.

“Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a la honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (v.10).

Pablo con todos estos consejos quiere ahuyentar todas las dudas que siembran los que no andan según la medida de la fe. Lo que el apóstol nos propone al finalizar este capítulo no es un catálogo de principios morales, sino la manera de actuar de todos los nacidos de Dios que conocen a Dios. **La misma esencia de la vida de un creyente es el amor, porque Dios es Amor.** Cuando uno no tiene ese Amor en el corazón intenta con sus propias fuerzas cumplir todos estos principios como unas normas de conducta religiosa, convirtiéndose para él en una pesada carga, lo que para un nacido de Dios por la fe en Jesús es lo más bello en su propia vida: AMAR.

Muchos disertan con su pomposa palabrería acerca del conocimiento de Dios y del método para llevar una vida santa, pero sus vidas están totalmente vacías de amor hacia los demás. Lo que sus bocas afirman sobre el conocimiento de Dios, es pura mentira, porque *“el que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es AMOR”* (1ª Juan 4:8).

La verdadera demostración de que conoces a Dios, no es tu gran formación o conocimiento intelectual, sino el amor que brota de tu corazón como nacido de Dios.

Otros se preguntan si Dios estará con ellos. Y cuando les preguntas si confiesan que Jesús es el Hijo de Dios. Hasta se ruborizan con una pregunta que consideran tan impertinente. Su respuesta es: Claro que sí, para mí Jesús es el Hijo de Dios. Pero Dios dice a *“todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios”* (1 Juan 4:15). Entonces, ¿por qué te preguntas si Dios está contigo?

Y si aún te queda alguna duda sobre tu aceptar a Jesús como el Hijo de Dios enviado en propiciación por tus propios pecados, mira si tu actuar en la relación con los demás está motivado por el amor, porque, *“si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros”* (4:12). Una vez más puedes comprobar que Dios permanece en ti. ¿Cómo podríamos amar si Dios no permaneciese en nosotros?, porque *“Dios es Amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él”* (1ª Juan, 4:16).

¿Cómo Pablo no iba a proclamar entre los creyentes romanos el amor sin fingimiento? Pero no como un mandato por ley, sino como la manifestación del conocimiento y de la presencia de Dios en sus propias vidas.

Así, también comprenderemos cuando dice a los creyentes de Roma: *“vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom.13:14).*

El perfume delicado de ese vestido de Luz es el Amor, que nada tiene que ver con los deseos de la carne que transpiran el más rancio hedor de las tinieblas.

“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (v.18).

Si Cristo no vive en ti, no vives para Cristo

Capítulo XIV

“Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones” (v.1).

El consejo que el apóstol daba a la iglesia de Roma, si miramos la historia del cristianismo, en nada o muy poco, ha sido tenido en cuenta. Porque el rostro que nos presenta el “*cristianismo*” actual, si lo contemplamos en el espejo de lo que aquí nos dice Pablo, es un cristianismo “*débil en la fe*”. Pues está primando la contienda sobre opiniones, que causan divisiones y más divisiones, antes que “*recibir*” al otro en la fe, sea débil en la fe o sea fuerte. Pero, según el apóstol, esto nunca debiera de ser un motivo para romper la total armonía y tolerancia de la vivencia de la propia fe de cada cual.

¿Cuánto énfasis hemos puesto en “*nuestras propias opiniones*” para imponérselas a los otros? **Parecemos pequeños dictadores con un solo principio: lo que yo entiendo en la fe y hago, es ley para mí y para todos los que quieran convivir conmigo.**

Esta actitud es lo que, precisamente, el apóstol quería evitar en la iglesia de Roma, pero la historia nos muestra que, prácticamente, se está haciendo realidad en cada iglesia.

Hoy el cristianismo nos presenta un rostro “*débil en la fe*”, porque se han hecho fuertes los que hacen diferencia entre día y día, entre comer esto y no tocar aquello, entre esta forma de liturgia o la otra, entre este bautismo o el otro. Hacen de estas diferencias sus señas de identidad. Es una verdadera lástima que se haya olvidado la verdadera seña de identidad, por la que, el Señor Jesús dice, deben conocerse sus discípulos: El AMOR.

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35).

Claro está, los días, los años, las comidas, los bautismos, las liturgias y las leyes eclesíásticas, todo esto, lo podemos hacer tema de contienda y división, pero el AMOR es DIOS, y “*todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios*” (1 Jn. 4:7). Ahí el hombre natural no puede meter sus manos, porque el amor de Dios sólo puede ser derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rom. 5:5).

Es necesario que, unos y los otros, nos miremos en el espejo de la pura Palabra de Dios, para ver si en nosotros se refleja el rostro de Cristo en amor, o más bien somos la imagen religiosa de nuestros propios líderes o congregaciones.

Cristo, el Amado del Padre, es la esencia unificadora en AMOR de todos los que creen en Él. Y donde hay amor no hay divisiones ni contiendas, porque el amor no busca lo suyo, ni hace nada indebido (1 Cor. 13:5).

Todo esto nos tenía que hacer pensar, y, de una vez por todas, dejar este cristianismo de tradiciones, filosofías, contiendas y divisiones, y volvernos **todos** al encuentro de la Palabra de Dios en Cristo.

“Porque ninguno de nosotros vive para sí, ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos” (v. 7,8).

Estas palabras en boca de un auténtico cristiano, como el apóstol Pablo, son un bálsamo para todo el que luche día a día por mantenerse en la fe de Jesucristo.

Pablo, más que nadie, tenía la experiencia de un auténtico fariseo, y había comprobado en su propia carne que el guardar los días, los años, el tener cuidado de no contaminarse con las comidas y guardar todos los ritos y ceremonias, todo esto sólo le había valido para perseguir a Cristo. Su vida cambió cuando escuchó de boca del mismo Señor:

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hechos 9:4,5).

El joven fariseo, Saulo, pensaba que era el mejor de los mejores, “*irreprensible*”, pero cuando se encontró con ese Jesús, a quien él perseguía con su ley, todo aquello por lo que él luchaba, lo tuvo por basura, para ser hallado en Cristo justificado por la fe de Cristo (Fil. 3:6,8).

Esto hace que nos preguntemos, ¿los que se llaman cristianos, conocen realmente a Cristo? ¿Cómo se explica entonces que no tengan por basura religiosa lo que Pablo desechó cuando conoció a Cristo? Lo que Pablo tenía antes por ganancia, ahora en Cristo lo considera como pérdida de vida y de tiempo. Porque para él, ahora, el vivir es Cristo. Por eso mismo le dice a los cristianos de Roma: “*ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí*”.

La razón fundamental de no vivir para uno mismo es, que somos del Señor Jesús, porque Él nos ha comprado con Su sangre, para que vivamos por Él y para Él. Pablo se lo dice también a los gálatas: “*ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios*” (Gal. 2:20).

Estas palabras del apóstol son el resumen de la existencia de un creyente durante los días que el Señor le dé sobre esta tierra.

En nuestras discusiones y contiendas deberíamos partir siempre de esta realidad: “*ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*”; no en la carne sino en la fe del Hijo de Dios. Así se evitarían todas esas tristes y lamentables contiendas y divisiones; y si se dan, es que estamos viviendo en la carne y no en la fe del Hijo de Dios. En una palabra, estamos viviendo para nosotros mismos. Y al mismo tiempo estamos despreciando el precio pagado por Cristo para nuestro rescate; y también despreciamos la libertad con que Cristo nos hizo libres, al someternos al yugo de la esclavitud religiosa con la que pretendemos vivir para Cristo.

Pero no olvides que no puedes vivir para Cristo, si Cristo no vive en ti.

Es un fatal error pretender dedicar tu vida a Cristo sin Cristo. Porque entonces eres tú el que vives para ti según tu idea religiosa, pero no vive Cristo en ti.

Mas la Palabra de Dios nos invita a despojarnos de nosotros mismos y de todas nuestras ideas religiosas, y “*poner la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra*”. Porque nuestra vida no está escondida entre leyes eclesiásticas, ritos y ceremonias, sino que está escondida con Cristo en Dios, y cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, también seremos manifestados con Él en gloria (Col. 3:2-4).

Por lo cual, no nos engañemos, no es nuestra vida religiosa la que nos lleva a Dios, sino que Cristo mismo es nuestra vida, en Él y por Él tenemos libertad para entrar al Lugar Santísimo de Dios, por el camino nuevo y vivo que Él Mismo nos abrió a través de su carne (Hebreos 10:19-20).

Desde la realidad de esta vida nuestra, que es Cristo, es lógico que la Palabra de Dios nos diga que ninguno de los creyentes en Cristo vive para sí, ni muere para sí, porque ya sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos.

Todo esto le da a nuestra propia existencia una total tranquilidad y sosiego en la fe, porque vivos o muertos el Señor nos dice que somos de Él. Y esto nos lleva a tener la plena certeza de que ya sea que velemos (vivamos), o que durmamos (muramos), vivimos juntamente con Él (1 Tes. 5:10), porque Cristo es nuestra vida.

Por eso en varias páginas de la Escritura se oye el grito de que ¡habéis resucitado con Cristo!, ¡poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra!

Cuando uno no tiene la mira puesta en las cosas de arriba, aparece en ti el juzgar al hermano o el menospreciar a tu hermano en la fe. El juicio y el menosprecio al hermano es una alarma en tu propia vida que te advierte de que estás viviendo para ti, metido en

tu propia vida religiosa, utilizando como escudo las propias señas de identidad de tu congregación, y no el escudo de la fe; y como espada utilizas tus principios dogmáticos y sus peculiaridades, y no la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios, cortante como una espada de dos filos, que discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12). Pero tú, esta Palabra, tratas de meterla en la funda de tus propios principios religiosos, para que no corte los pensamientos y las intenciones de tu corazón, ni sea viva y eficaz.

¿Qué has hecho, entonces, de la Palabra de Dios, un arma para herir a los demás, pero que nunca dejas que penetre en tu corazón para discernir tus verdaderos pensamientos e intenciones? Así la Palabra en ti nunca es viva y eficaz, sino letra muerta metida en el ataúd de tus propias normas religiosas.

Pero, “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (v.17).

Esta es la vida que nos propone la Palabra de Dios. Que aceptemos la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para ser justificados gratuitamente por Su gracia. Y esa paz con Dios tiene su fundamento en nuestro Señor Jesucristo por la fe. La justicia y la paz hechas realidad en nosotros por el Espíritu Santo, hacen que nuestro corazón sea lleno del gozo de la salvación en el creer.

Antes de situar nuestras iglesias en el reino de Dios, debemos considerar si la justicia, paz y gozo en el Espíritu son el ambiente vital que conforma nuestras iglesias. Porque de lo contrario podemos correr el grave riesgo de ser tachados algún día de farsantes.

Aunque con gran gritería digas: *“Señor, Señor... delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste.....Os digo que no sé de dónde sois. Apartaos de Mí todos vosotros, hacedores de maldad” (Lc. 13:26,27).*

Entonces, por mucho comer y beber, o parlotear para el Señor, no te ubica en el reino de Dios. Porque el Señor les dice claramente: *“no sé de dónde sois”*. Y para nada reconoce en ellos la justicia, paz y gozo en el Espíritu, antes al contrario, les llama *“hacedores de maldad”*.

Toda esta manera de hablar puede escandalizar nuestra religiosidad. Aunque es preferible escuchar con claridad la Palabra de Dios y dejarse guiar por ella, que un día, no muy lejano, escuches esas palabras de labios del Señor dirigidas directamente a ti: *apártate de Mí, hacedor de maldad*. Y no, precisamente, porque tú hayas hecho cosas terribles según tu propia conciencia. Antes bien, te sorprenderán esas palabras, a las que replicarás:

delante de ti, Señor, he comido y bebido, y en mi iglesia enseñaste..... No sé de dónde eres. Ya que no vives por Mi justicia, ni en Mi paz y gozo en el Espíritu Santo.

Cristo es camino nuevo y vivo, y todo gozo y paz en el creer

Capítulo XV

“Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo...” (v.2,4).

Lo que el apóstol Pablo narra en este capítulo, en manera alguna, ha perdido actualidad. Antes bien, es algo que los cristianos debíamos llevar gravado en lo más íntimo de nuestro corazón. Este sería siempre un buen antídoto contra todas esas mortales mordeduras de nuestro propio egoísmo: *“agradar al prójimo en lo que es bueno, para edificación”*. La tendencia natural de nuestro *“ego”* es siempre agradarnos a nosotros mismos en todo, sea bueno o no; sirva para edificación o no. Pero eso es una clara muestra de que carecemos del sello que debe siempre identificar a los discípulos de Cristo, el AMOR. Y al mismo tiempo nos descubre ante la faz del mundo que estamos viviendo para nosotros mismos. ¿Y dónde está, entonces, la hermosa afirmación de que *“si vivimos, para el Señor vivimos”*?

Pablo nos quiere mostrar que, estar llenos de letra bíblico-religiosa, nos lleva a vivir para nosotros mismos, y nunca a buscar lo que es bueno para la edificación de uno mismo y del prójimo. Pero si, ni aun Cristo se agradó a sí mismo, dice Pablo, ¿cómo vamos nosotros, sus discípulos, si viviésemos para Cristo, agradarnos a nosotros mismos?

Las Escrituras bajo la luz de Cristo y la guía del Espíritu nos llevan desde la fe a tener un mismo sentir según Cristo Jesús.

“Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios” (7).

Cristo no tuvo el más mínimo inconveniente en someterse a la circuncisión para mostrar la verdad de Dios y confirmar las promesas de Dios a los padres; y al mismo tiempo morir como un gentil maldito por la ley (*“porque está escrito: maldito todo el que es colgado de un madero”*), para que la misericordia de Dios llegara a los gentiles, que estábamos sin esperanza y sin Dios, ajenos a los pactos de la promesa. Pero esta misma sangre de Cristo nos hizo miembros de la familia de Dios, y en su propia carne cargó

con todos nuestros pecados, ya sean judíos o gentiles, para crear en Sí mismo un nuevo hombre reconciliado con Dios mediante la cruz.

Cristo realizó esta gran obra de amor hacia nosotros para gloria del Padre. Cuando no nos recibimos unos a los otros, la causa de tal diferencia con Cristo puede estar oculta en que nosotros queremos recibirnos los unos a los otros para nuestra propia gloria, y no para gloria del Padre. Así no estamos siguiendo el ejemplo vivificador del Señor, quien en modo alguno tuvo el más mínimo reparo en llevar todos nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero para que el Padre nos recibiera como hijos vestidos con Su justicia. ¡Cuánto más nosotros debemos recibirnos unos a los otros, si nos vemos revestidos de Cristo y todos nosotros uno en Cristo Jesús!

¿Podrán, acaso, nuestras vestimentas religiosas de la propia iglesia impedirnos recibir a todos los que están revestidos de Cristo?

Cuando una iglesia pierde la vivencia de ver con la clara luz de las Escrituras, es muy fácil que esa miopía solo le permita ver las vestimentas religiosas de su iglesia, y no perciba la radiante luz y el perfume de los revestidos de Cristo con Su justicia y santidad.

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (v.13).

¿“Gozo y la paz en el creer”? Hoy en día parece un valor devaluado por la parafernalia religiosa con la que algunos quieren sustituir ese: “Dios os llene de todo gozo”, por lo de: nosotros estamos llenos del gozo religioso con el que nos motivan, día tras día, nuestros líderes religiosos.

En todo esto se olvida algo esencial: **el creer en Dios y el poder del Espíritu**. Por eso muchos llamados cristianos ponen sus esperanzas en hombres “canonizados (santos) o beatificados”, a los que sus autoridades religiosas ponen como ejemplos de santidad o vida de virtud a seguir. ¿Entonces, sólo esos santos y beatos están revestidos de Cristo? ¿Y sólo ellos tienen un acceso seguro a Dios? Esto no encaja con lo que dice la Palabra de Dios, antes bien la contradice. Porque en Su Palabra leemos: “*Por medio de Cristo los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre*” (Ef. 2:18). “*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de Su carne... acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe...*”

(Hebr.10:19-22). El único equipaje o compañía que se nos pide para transitar por ese camino nuevo y vivo, es una plena certidumbre de fe.

En los caminos viejos y muertos, que nos señalan los hombres religiosos, nos exigen realizar multitud de actos y cumplimiento de normas, para alcanzar las promesas religiosas que ellos mismos se han propuesto.

El gozo en el creer nace del cotidiano transitar por ese camino nuevo y vivo que es Cristo viviente abierto a la intimidad del Padre.

La paz en el creer brota de la misma cruz de Cristo donde somos reconciliados con Dios. Así leemos: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1). Y Cristo murió y resucitó para ser Señor así de los muertos como de los que viven.

El gozo y la paz del creyente se fundamentan en Cristo mismo. No hay poder o autoridad que pueda destruir ese gozo y esa paz, porque la fuente perenne de la que manan es Cristo.

Cuando veo en este capítulo escrito por dos veces el nombre de mi país, España, (v.24,28), **lamento que casi la totalidad de sus gentes hayan dejado ese camino nuevo y vivo para transitar por los caminos viejos y muertos de Roma.** Si grande ha sido la huella del Imperio Romano en los pueblos, en los ríos, en las entrañas de las montañas en busca de su oro, muchísimo mayor es, y ha sido, la huella religiosa de la Roma Papal. Sus ciudades, pueblos y aldeas están llenas de tradiciones religiosas que poco o nada tienen que ver con el deseo de Pablo de expandir por estas tierras el Evangelio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Esa España, a la que un día deseaba viajar Pablo para anunciar el Evangelio, lleva tiempo que ya no anda “*rectamente conforme a la verdad del Evangelio*”, sino conforme a la dualidad del sucesor de Pedro.

A veces, al ver los pueblos sembrados entre las montañas con sus iglesias o capillas, pienso: ¡qué hermoso sería que el puro Evangelio de Jesucristo sonara de nuevo con toda su fuerza en esas iglesias, para volver a caminar por ese camino nuevo y vivo que es Cristo viviente!

El apóstol Pablo no manda saludos al primer Papa de Roma

Capítulo XVI

“La recibáis en el Señor, como es digno de los santos, y que la ayudéis en cualquier cosa en que necesite de vosotros; porque ella ha ayudado a muchos, y a mí mismo” (v.2).

El apóstol Pablo nos presenta en este capítulo a muchos creyentes que de distintas regiones llegaron a la capital del Imperio, Roma. No se nos dice nada de las razones por las cuales fueron allá, pero se nos informa de la actitud de fe, que han tenido en sus iglesias de procedencia, para la obra del Señor.

El apóstol comienza su presentación con una diaconisa de la iglesia de Cencrea, y lo más probable es que esta hermana fuese la portadora de la carta de Pablo, titulada a los romanos.

La primera vez que oímos hablar de la iglesia de Cencrea, es en el viaje que hace Pablo de Corinto a Éfeso rumbo a Jerusalén. En ese viaje le acompañaban también Priscila y Aquila, y Pablo *“habiéndose rapado la cabeza en Cencrea, porque tenía hecho voto. Y llegó a Éfeso, y los dejó allí” (Hech. 18:18,19)*. Esta iglesia de la diaconisa Febe estaba en el enclave geográfico entre Corinto y Éfeso, muy lejos de Roma, aunque las comunicaciones con la capital romana eran bastante fluidas.

Pablo pide a los creyentes de Roma que acepten a Febe en el Señor de manera digna de los santos, y que le ayuden en cualquier cosa que necesite de ellos. La razón, que el apóstol da para tal petición, es que esta mujer ha ayudado a muchos, y también a Pablo. Entre creyentes en Cristo no cabe otra actitud, sino la de recibírnos unos a los otros de una manera digna, porque estos son los modos y maneras de los santificados y justificados en Cristo. Una actitud contraria a todo esto sólo puede ser fruto de una seudoreligiosa que se fundamenta en sus obras y en su propia justicia. Ahora sería una lamentable frustración para esta mujer encontrarse con discípulos de Cristo, y que no tuviesen esa misma entrega y amor que ella tuvo en Cristo con muchos otros y con el mismo Pablo. Por eso también es necesario aprender a discernir los verdaderos cristianos de los seudocristianos, éstos no sirven a nuestro Señor Jesucristo sino a sus propios vientres. Y no pasa mucho tiempo para que lo puedas comprobar, porque comen y beben a tu mesa,

y te buscan en sus necesidades, pero luego hacen como que no te conocen. Ni las gentes del mundo tienen tan despreciable actitud.

Por eso este consejo de Pablo a los romanos es muy necesario para todos los creyentes, pero sin olvidar que, ese recibirnos, es en Cristo y como santificados en Él.

“... mis colaboradores en Cristo Jesús, que expusieron su vida por mí; a los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles. Salud también a la iglesia que está en su casa” (v.3-5).

Hay un matrimonio con el que Pablo también mantiene una relación especial, desde que los encontró en Corinto procedentes de Roma. Incluso en Corinto trabajaron juntos haciendo tiendas por espacio de un año y seis meses; y probablemente también conocieron por medio de Pablo que el Señor Jesús es el Cristo (Hech. 18:1-5). Pablo los llama *“mis colaboradores en Cristo Jesús”*, que son Aquila y su mujer Priscila. Este matrimonio, incluso expuso su vida por Pablo. Es fácil decirlo, pero demuestra que para esta pareja no había límite a su amor en Cristo, porque, *“nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13).*

No sólo Pablo está en deuda con ellos sino que también las iglesias de los gentiles. Y sin embargo este matrimonio siempre lo encontramos con una iglesia en su casa, y esto no era obstáculo para que todas las otras iglesias se sintiesen agradecidas por su apoyo y ayuda en el Señor. Y tampoco fue obstáculo para que Pablo los llame *“mis colaboradores en Cristo Jesús”*. Esto era así, porque todos eran *“colaboradores en Cristo Jesús”* y para Cristo Jesús; y no para una determinada organización religiosa, que quiere que sus seguidores se mantengan en sus parámetros doctrinales.

Dejemos de ser colaboradores de nuestra propia religión, y seamos auténticos *“colaboradores en Cristo y de Cristo”*. Así todos tendremos los mismos medios: **La sola Palabra de Dios**; y los mismos fines: que los hombres conozcan personalmente a Cristo viviente.

“Salud a Andrónico y a Junias, mis parientes y mis compañeros de prisiones, los cuales son muy estimados entre los apóstoles, y que también fueron antes de mí en Cristo” (v.7).

Pablo, indistintamente, manda saludos a mujeres y a hombres haciendo resaltar que *“han trabajado mucho en el Señor”*. Lo cual nos demuestra que en los primeros tiempos, en las iglesias de los gentiles era totalmente cierto lo que se dice en la carta a los

Gálatas 3:27,28: “...**de Cristo estáis revestidos**, ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; **no hay varón ni mujer**; porque todos vosotros sois **uno en Cristo**”. Podríamos decir que en el reino de los cielos las personas no se diferencian por el sexo, sino por la fe.

Cuando Pablo manda saludos a sus dos parientes, más que su parentela, hace resaltar que fueron compañeros de prisiones, y eso, se supone, por causa de su fe. También reconoce que llegaron a la fe antes que él, y que eran “*muy estimados entre los apóstoles*”. Esto nos hace ver que los creyentes en Cristo que estaban en Roma tenían información de primerísima mano de todo lo que el Señor hizo y habló.

Pero, hay algo sorprendente en toda esta salutación, es que en ninguna parte se pide que saluden a Simón Pedro. **¿Cómo es posible que Pablo se olvidara del primer Papa, como enseña la doctrina católica, si él estuviese en Roma?** Pedro no estaba en Roma ni fue él el fundador de la iglesia de Roma, si así fuese, Pablo le hubiese mandado un saludo especial, porque lo conocía muy bien.

Todo esto nos dice que las iglesias se formaron y crecieron sin necesidad de ningún Papa, incluso la misma iglesia de Roma floreció años y años sin conocer Papa alguno, hasta que la ambición religiosa de los hombres proclamó esa iglesia como la sede tradicional de los sucesores del primer Papa Pedro. Esto es algo que los cristianos, a los que Pablo se dirige en su carta, nunca conocieron.

Las iglesias se edificaron en los primeros tiempos sobre “*la piedra angular, escogida y preciosa*”, que es Jesucristo, y todos los que creyeron y creen en Él no serán avergonzados (1 Pedro 2:6). **La piedra sobre la cual Dios edifica Su Iglesia es Cristo y el ligamento, que nos une a Él como piedras vivas, es el don de la fe.**

Cuando una doctrina nos presenta a Pedro (Papa) como la piedra sobre la cual se edifica la iglesia se está manipulando la Palabra de Dios y negando la realidad histórica de las iglesias. Y no sólo eso, sino que esta doctrina católica corrige al mismo Pedro, cuando en su primera carta expone con meridiana claridad, que Jesucristo es la única piedra angular sobre la cual se edifica Su Iglesia. ¿Por qué será que los edificadores siempre han desechado esa Piedra? Así Cristo, la piedra del ángulo, es para ellos piedra de tropiezo y roca de hacer caer, porque tropiezan en la Palabra, y son desobedientes (1 Pedro. 2:8). Si Pedro había sido lleno del Espíritu Santo el día de Pentecostés y jamás se consideró cabeza visible de la Iglesia, ni piedra sobre la cual se edifica la iglesia, como nos lo muestra en sus cartas y en el libro de los Hechos, ¿por qué vamos aceptar lo que

dicen los papas, que ellos son la cabeza visible de la iglesia y la piedra sobre la cual Cristo edifica su iglesia?

Tendremos que aceptar el consejo del mismo Pedro: *“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”* (Hech. 5:29).

“Mas os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y os apartéis de ellos” (v.17).

En medio de este largo saludo, Pablo hace una pausa para advertir a los creyentes romanos que permanezcan firmes en la doctrina que han aprendido.

La palabra griega (dijostasia) que aquí traduce por división también tiene otros significados como desacuerdo, disensión, discordia, sedición. Pero ese desacuerdo o discordia tiene siempre un punto de referencia: la verdadera Palabra de Dios. Aquellos que están en contra de la Palabra, siempre serán causa de discordia para los que con fidelidad permanecen en la Palabra de Dios. Además son tropiezo en el camino de la salvación a los que por la fe han aceptado gratuitamente la justicia que es de Dios en Cristo. Esta palabra griega (scandalon) también significa trampa, cuyo fin es engañar con *“suaves palabras y lisonjas”* (v.18). Porque estos no sirven a nuestro Señor Jesucristo, son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo dios es el vientre, y solo piensan en lo terrenal (Fil. 3:18,19). Aunque, como grandes tramposos, suavizan sus palabras, mistifican sus terrenales sentimientos y se presentan como grandes víctimas del dolor. Pero todo eso sólo es pura farsa religiosa al servicio de sus pensamientos terrenales.

Y no seamos ingenuos para caer en sus tramposas redes que arrastran lejos de la Verdad, antes bien apartémonos con prontitud de todos los que no quieren estar de acuerdo con la Santa Palabra de Dios.

El Señor Jesús nunca dijo que conoceríamos a los auténticos creyentes por sus grandes gritos, por sus extravagantes amaneramientos, por sus grandes espectáculos o por sus grandes *“señales”*, sino que dice: *“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis”* (Mt. 7:15,16). Y el fruto del Espíritu es: *“amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe...”* (Gal. 5:22).

Esos falsos profetas que no tienen el poder y el fruto del Espíritu, pretenden suplirlo con su propio esfuerzo, su agresivo reclamo, sus estimulantes sucedáneos para el *“amor, el gozo y la paz”*. En nuestro tiempo si miramos la propaganda religiosa que acampa por doquier, podríamos decir: *“Estos ...son obreros fraudulentos, que se disfrazan como*

apóstoles (predicadores) de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Cor. 11:13,14).

Hoy la gente, con tanto medio de comunicación, tiene el virus del cotilleo, sus oídos están muy atentos a los nuevos chismes que les presentan sus maestros concedores de sus propias debilidades. Pero, sin embargo, rechazan con total frialdad la Palabra de Dios. ¿No será nuestro tiempo el profetizado por el apóstol?, cuando dice: *“Vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído, y lo volverán a las fábulas” (2 Tim. 4:3).*

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros”, los que obedecéis a la fe conforme a la sola Palabra de Dios.